

10820

Enrique López-Marín - Francisco Morano

EL TORBELLINO

COMEDIA

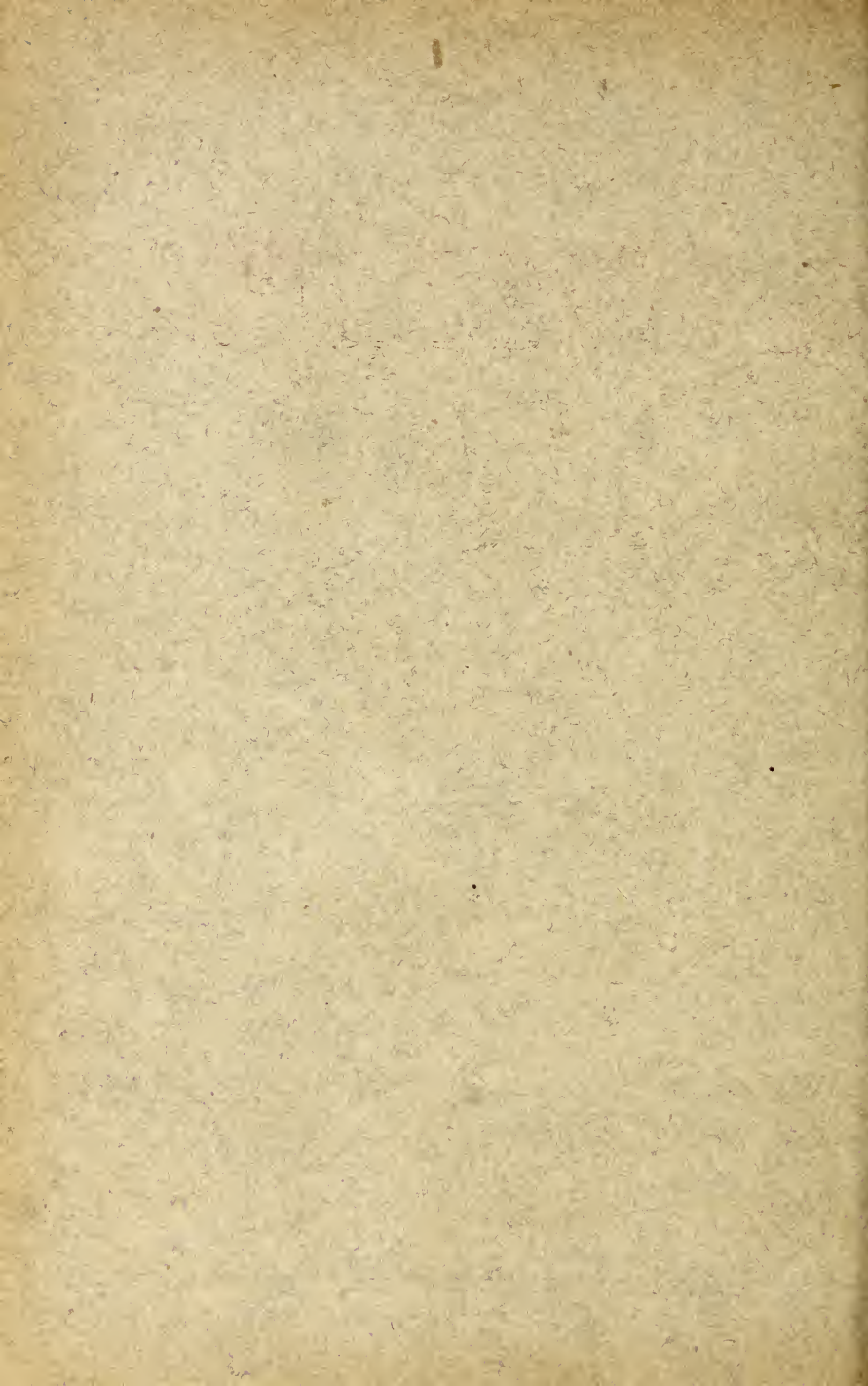
EN TRES ACTOS Y EN PROSA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1904

24



A mi querido amigo, compo-
se torbellino de Justo Novo-Cantar (1),
recuerdo - aunque insignificante
de Enrique d. Marin y mis

Novo

18 - Noviembre 1904

EL TORBELLINO

Novo tu voz el choro
ni se vela ni se apola
y eres cantando la jota
mis maravilla Novo --- (Cordero recuadro)

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Enrique López-Marín — Francisco Morano

EL TORBELLINO

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el TEATRO PRINCIPAL de Cádiz, la noche
del 16 de Septiembre de 1904



MADRID

S. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUF.º

Teléfono número 551

—
1904



Á LA BELLÍSIMA Y GENIAL ARTISTA

Matilde Moreno

Poner al frente de esta página el nombre de usted no es pagar un tributo; es cumplir una obligación y el que hace lo que debe, no hace nada de más.

El asunto de EL TORBELLINO está inspirado en una antigua novela italiana y lealmente declaramos á usted el «fusilamiento» para quitar de la dedicatoria lo que no nos pertenece.

Hecha esta salvedad, en obsequio de nuestro pudor literario, el humilde ropaje con que vestimos el asunto es cuanto podemos ofrecer á usted en testimonio de afecto y admiración.

Antes del estreno, Namoun era para nosotros un personaje más. Tuvo usted la genialidad de solicitarlo y en la representación, el morito, resultó el protagonista, el interés de la comedia, la atención del público, la luz de la obra, todo. Este milagro lo hizo usted con su arte supremo, sus delicadezas sugestivas, sus ternuras infinitas...

¡Muchas gracias, Matilde!

Suyos devotísimos amigos y admiradores,

E. LÓPEZ-MARÍN.

F. MORANO.

REPARTO

PERSONAJES

NAMOUN, árabe de 18 años.
LUISA.....
DOÑA ENRIQUETA.....
JUANA, doncella.....
ENRIQUE HUGARTY, pin-
tor.....
REINALDO HUGARTY...
DANIEL RIVERA, marino.
GUSTAVO.....
BRAGULAT, fabricante ca-
talán.....
PIPEPTE, bohemio.....

ACTORES

SRTA. MATILDE MORENO.
MERCEDES GÓMEZ.
DOÑA ISABEL LUNA.
SRTA. FRANCISCA NIEVES.
DON FRANCISCO MORANO.
L. RUIZ-TATAY.
CONSTANTE VIÑAS.
FERNANDO PORREDÓN.

PEDRO VÁZQUEZ.
ENRIQUE NIEVA.

Epoca actual. — (Primavera)

La acción del primer acto en Sarriá, pueblecito próximo á Barcelona.
La del segundo y la del tercero en Barcelona

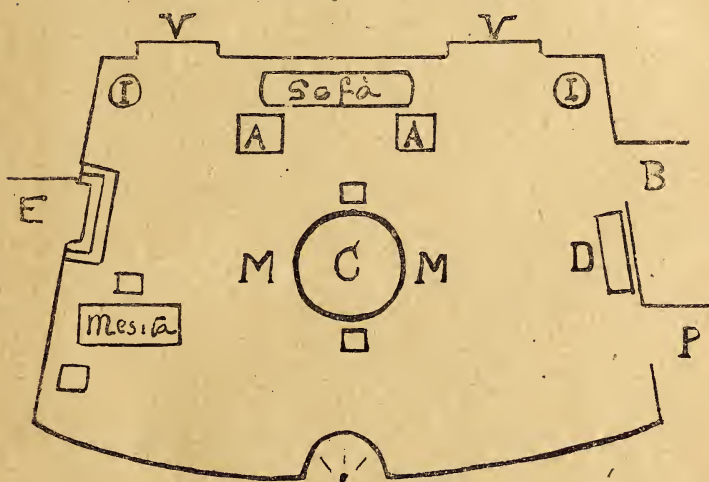
Derecha é izquierda las del actor

Nota. El papel de *Namoun* puede repartirse á un galán joven que «esté en tipo» en las compañías donde la primera actriz, por sus condiciones físicas, no pueda interpretar dicho personaje.

ACTO PRIMERO

Interior de una «torre» en Sarriá. Sala-comedor en planta baja, muy alegre y de tonos muy claros, dispuesta del siguiente modo:

Foro: Jardín pintoresco en plena luz del día



A A=Butaquitas enanas al lado del sofá.

B=Puerta practicable, segundo término.

V V=Ventanas abiertas sobre el jardín.

M M=Sillones grandes de cuero.

I I=Columnas con maceteros de plantas tropicales.

E=Gradilla de tres ó cuatro escalones que precede á una puerta practicable.

C=Mesa grande servida para cuatro cubiertos.

D=Aparador lleno de vajilla.

P=Puerta-mampara practicable, que abre hacia la escena.

□=Sillas volantes repartidas convenientemente.

Al foro, sobre el sofá, á cierta altura, un cuadro con marco dorado; es un diploma con una primera medalla. Por las paredes diferentes cuadros, paisajes ó bodegones.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ENRIQUETA sentada á la mesa frente al público, en el lado derecho, escribiendo en una *Agenda doméstica*. Sobre la mesa y á su alcance, recibos y facturas.—Es una señora de cuarenta y tantos años, muy simpática y muy cuidadosa; voz dulce, maneras agradables y muy admiradora del valor y la gloria de los suyos; cabello ligeramente encanecido; viste sencillo traje oscuro propio de la estación. Tiene puestos unos lentes que solo usa para leer. LUISA, sale por la puerta segunda de la izquierda batiendo en un plato unas claras de huevo con un tenedor nuevo de madera. Es una ingenua de diez y ocho años, bonita, decidora y alegre como unas Pascuas. Viste sencillo traje claro de batista con delantal blanco coquetón y elegante; sale con las mangas recogidas luciendo los brazos

- D.^a ENR. (sumando.) Seis... doce... quince... veinticuatro...
- LUISA (Acercándose.) ¡Mamita!
- D.^a ENR. Veinticuatro... Pongo cuatro y llevo dos...
- LUISA (Más fuerte.) ¡Mamá!
- D.^a ENR. Eso es... pongo cuatro.
- LUISA ¡Ay, mamá! (Contrariada.)
- D.^a ENR. Llevo dos... ¿Qué quieres?
- LUISA ¿A que no adivinas lo que estoy haciendo?
- D.^a ENR. (Sin dejar la cuenta.) Dos y cinco siete...
- LUISA ¡Deja los números!... ¡Contéstame!
- D.^a ENR. Me vas á equivocar... Ya no sé cuantas llevo.
- LUISA Está bien. Si te estorbo... me voy... (Medio mutis.)
- D.^a ENR. Ven aquí, loquilla. Dime, ¿qué estás haciendo?
- LUISA Pues eso te pregunto yo, ¿á que no lo sabes?
- D.^a ENR. Un flan. (Sigue haciendo cuentas.)

- LUISA ¡Que te quemas!... ¡Que te quemas!
- D.^a ENR. Otra golosina por el estilo.
- LUISA Chantilly. Va á estar delicioso. Mira..., huele... ¿Ves qué fragancia despide?... Le he puesto dos gotas de limón para que no se corte y resulte más fino. Así lo dice el *Manual del perfecto repostero*.
- D.^a ENR. Justo... llevo dos y cinco siete...
- LUISA El tonto de Enrique dice que nadie prepara estos platos mejor que tú... ¡Qué sabrá él Hoy lo veremos...
- D.^a ENR. ¡Envidiosilla!... Siete y tres, diez.
- LUISA ¿No acabas?
- D.^a ENR. ¡Si no me dejas! Estamos en fin de mes... Hay que hacer cuentas... ¿No sabes qué es 31?
- LUISA 31 de Mayo. Ya lo sé. Precisamente 31 de Mayo... ¡Fecha inolvidable...!
- D.^a ENR. Pues, ¿qué ocurre? ¿Hay que hacer algún pago extraordinario? ¡No me asustes, Luisa!... Nada tengo apuntado... (Hojeando el libro.)
- LUISA No es cosa de pagar nada... (Riendo.) ¿Iba yo hacer chantilly para solemnizar el pago de una cuenta?... ¡31 de Mayo!... Pero, ¿no te acuerdas, mamita?...
- D.^a ENR. (Pensando en la fecha) Pues no atino...
- LUISA Hoy hace tres años que mi hermano Enrique llegó á Venecia... (Deja el plato sobre un mueble próximo.)
- D.^a ENR. ¡¡Ah!! (Recordando y dando un suspiro.)
- LUISA Y que al desembarcar cayó al agua y que si no es por el bravo marino Daniel Rivera. .
- D.^a ENR. Cierto, hija mía... No sé cómo he podido olvidarlo... Los fines de mes no tengo en la cabeza más que números y eso que todos los años, tal día como hoy...
- LUISA Lo celebramos. Hoy con doble motivo porque cae en jüeves, el día que Enrique viene á comer con nosotros. Por eso me he esmerado en la confección del *menú*. Puré de cangrejos, croquetas, mayonesa de langosta, pollo al jugo y postre de chantilly, que es la sorpresa... Toda la comida está hecha á mi

- gusto. Ya veremos cómo se portan ustedes con el *jefe de cocina*. (Aludiéndose)
- D.^a ENR. ¡Tres años ya!... ¡Y pensar que sin la temeridad de ese valiente muchacho... no habría en casa más que lágrimas, suspiros, recuerdos tristes!... ¡Pobre hijo mío!
- LUISA ¡Bah! ¿Quién piensa en cosas tristes? Enrique está vivo y sano. Si algún día viene por aquí Daniel, ¡voy á prepararle un banquete!...
- D.^a ENR. No es fácil. Navega constantemente...
- LUISA Por eso no sería difícil verle aparecer el día menos pensado... Puede venir con su barco á Barcelona. De Barcelona aquí... un paseito en el tren y ya está.
- D.^a ENR. Temo, hija mía, que no lleguemos á conocerle nunca...
- LUISA Parece cosa de novela, ¿verdad, mamá?... Un amigo de quien se habla todos los días, á quien se escribe con frecuencia y á quien se quiere como á un hermano... ¡sin haberle visto jamás!
- D.^a ENR. Muy novelesco, pero así es.
- LUISA Y claro, podríamos encontrarnos en cualquier sitio, hablarnos, estar juntos sin saberlo...
- D.^a ENR. Pudiera suceder...
- LUISA ¡Si vieras cuántas veces he soñado con esto! Es muy bonito... ¡muy bonito!
- D.^a ENR. Luisita, hija mía, déjame arreglar estas cuentas... Enrique va a llegar y quiero que todo lo encuentre en orden.
- LUISA ¿Tantas cuentas hay?
- D.^a ENR. ¡Muchas! Estoy asustada. Este mes hemos gastado casi doble que el anterior...
- LUISA ¡Claro!... He comprado la mar de papeles de música. *La Bohemia*... *El intermedio de*...
- D.^a ENR. No, hija mía, no es tu música. Mi sombrero de verano... Te empeñaste... ¿qué necesidad tenía yo de un sombrero de verano?... El traje de alpaca azul... ¿qué necesidad tenía yo de un traje de alpaca azul?... También fué capricho tuyo...
- LUISA Bueno, bueno, se acabó. Tira ese libro de

cuentas. ¿Qué necesidad tienes tú de un libro como ese?

D.^a ENR. No te burles, Luisa .. ¡que esto es muy serio!
LUISA Y muy antipático. En cuanto venga Enrique le digo que te queme ese libro.

D.^a ENR. ¡Te prohibo en absoluto que hables de nada de esto con tu hermano!

LUISA (Que vuelve á tomar el plato y sigue batiendo.) ¡Señor!... si Enrique no fuera rico... si estuviera sacrificado por sostener esta casa... comprendería tus inquietudes... Pero no estamos en ese caso... Enrique tiene mucha suerte y (Bajando la voz.) ¡mucho talento! aunque papá diga lo contrario. Sus cuadros se venden muy bien y gana mucho dinero... ¡Más que pintara!

D.^a ENR. Por mucho que gane... Es carga tan pesada para uno solo sostener la familia con cierto bienestar y sin más fortuna que el trabajo...

LUISA ¡Bah! Además, si la carga es tan grande para uno solo... ¿por qué no vivimos en Barcelona? Allí podría yo dar lecciones de piano otra vez... En este pueblecito... ¿á quién?

D.^a ENR. Ya sé que este pueblo no tiene tus simpatías.

LUISA Es un rincón del mundo, pero me es indiferente. Sin embargo, me pregunto muchas veces: ¿á qué habremos venido aquí? ..

D.^a ENR. Por tu padre. Necesita los aires del campo. Oxígeno para su salud y reposo para su trabajo.

LUISA Lo del oxígeno... me parece bien. Lo del reposo (Bajando la voz) es igual; papá pinta aquí tan poco como en Barcelona.

D.^a ENR. (Exaltándose.) ¡Hija mía!... ¡Tu padre es un artista!... ¡un gran artista!... y estos hombres no pueden trabajar como los demás. Necesitan para inspirarse la soledad... el silencio... la «melancólica poesía del campo»... como ellos dicen. ¡Oh los grandes artistas!... ¿No comprendes tú que los grandes artistas no se parecen en nada á los... que no lo son?

- LUISA ¡Claro está! Yo no entiendo mucho de esto, pero digo que también Enrique es un gran artista, y si hiciera lo que papá... ¡bueno andaría todo esto!
- D.^a ENR. ¿Qué quieres decir?
- LUISA ¿No lo adivinas? Vivimos en el campo por papá, pero papá se pasa el día en Barcelona recorriendo las casas de antigüedades, comprando porcelanas, platos, figuritas, objetos artísticos y otra porción de cacharros que tendrán un valor inapreciable, pero que á mí... me parece que no sirven para nada, y esos gastos inútiles no figuran en esas cuentas.
- D.^a ENR. ¡Luisa, Luisa!... No hables así... Es tu padre. Debemos respetar sus aficiones. En cambio es un santo... nos quiere mucho... Me hace daño, hija mía, oírte esas cosas.
- LUISA (Suelta el plato y se arrodilla cerca de doña Enriquetta, implorando su perdón con gazmoñería cómica.) ¡No me regañes!... ¿me perdonas?... Soy muy mala.
- D.^a ENR. (Besándola.) ¡Eres un diablillo!
- LUISA (Levantándose.) Es que cuando te veo preocupada con los gastos de casa, me da rabia de que papá...
- D.^a ENR. ¡Chis! ¿Otra vez?... Tu padre gasta de lo suyo.
- LUISA ¡Si pinta un cuadro cada seis meses!
- D.^a ENR. ¡Silencio, señorita! (Campana de jardín, dentro.)
- LUISA ¡La campana del jardín! (Con mucha alegría.) Ahí está Enrique... Enrique... (Toma el plato del chantilly y bate muy deprisa.) ¡Verás, verás qué sorpresa! (Va corriendo á la mampara, sujetándola para que el que viene no pueda entrar. Pausa breve.)
- D.^a ENR. ¿Qué haces?
- LUISA ¡Chist!... calla, mamá. (Empujan desde fuera la mampara. Luisa cede ocultándose detrás y sacando el brazo con el plato de chantilly, que coloca á la altura de la cara del recién llegado. Entra Daniel Rivera, que queda parado y sorprendido al ver el plato.)

ESCENA II

DICHAS: DANIEL RIVERA

Es un buen tipo: alto, moreno, quemado por el sol y curtido con el aire del mar. Viste traje de viaje y gorra rusa; habla alegremente y es simpático en extremo. Al verle aparecer, doña Enriqueta se sorprende, Luisa, oculta en la mampara, no le ve por el momento

LUISA (Alto y con alegría.) ¿Qué es esto?... Pronto, responde, ¿qué es esto?

DAN. (Sorprendido por lo del plato.) ¿Esto? Chantilly, señorita.

LUISA (Saliendo del escondite y dando un grito de sorpresa.) ¡Ay!

DAN. (Muy grave, contrastando con la sorpresa de Luisa.) Cuidado, señorita, que se va á verter y debe de estar riquísimo...

LUISA Pero... caballero. (Dejando el plato.)

D.^a ENR. Sin duda entró usted aquí por una equivocación.

LUISA Hable usted...

DAN. ¡Qué he de venir equivocado! Soy de la familia... ¡Ea! acabó la sorpresa. Un abrazo, mamá. (La abraza.) Esa mano, señorita Luisa. (Todo con rapidez.)

D.^a ENR. ¡Señor mío!

LUISA Pero... ¿quién es usted?

DAN. (Riendo.) ¿Ya no quiere usted llamarme hijo como en las cartas?

LUISA (Con un grito de júbilo.) Mamá, ¡es Daniel Rivera! ¡Daniel! ¡Si está igual que en el retrato!... (Se retira hacia la cocina, bajándose las mangas de la blusa. Es un mutis de coquetería.)

D.^a ENR. ¿Es posible?

DAN. El mismo; ese torbellino que viene del *otro mundo*, sólo por abrazar á ustedes.

D.^a ENR. ¡Ah! ¡¡Daniel!! Venga usted acá.

DAN. ¿Qué es eso de usted?

- D.^a ENR. ¡Tienes razon, hijo mío! (Le abraza cariñosamente.)
- DAN. ¿Y mi hermanita?
- D.^a ENR. ¡Luisa! (Llamando.)
- DAN. Ha huido... Claro, con esta cara tan negra y esta pipa... ¡Maldito vicio! (Se la guarda encendida en el bolsillo de la derecha; al notar que se quema la pasa al de la izquierda; el mismo juego, por fin la tira por una ventana al jardín.) Ya.. ya me esperaba yo que me encontrasen ustedes demasiado toscos...
- D.^a ENR. Pero... Luisa, hija mía.
- LUISA (Sale; se ha quitado el delantal) ¿Qué me importa? ¡Venga un fuerte apretón de manos! (se cogen de ambas manos con fraternal efusión.) ¡Oh, Daniel aquí! ¡El salvador de mi hermano!
- DAN. ¡Otro hermano de usted!
- D.^a ENR. ¡Aquí, Daniel, á mi lado! (Indicándole un asiento. Se sientan los tres dejando á doña Enriqueta en medio y formando un interesante grupo.) Que yo pueda verte de cerca... así, perfectamente. ¡Qué alegría, Dios mío, qué alegría!
- DAN. ¡Yo también la siento rebosar en mi corazón! Pero perdonen ustedes si cometo alguna falta de etiqueta... Los inquilinos del mar no cultivamos ciertas galanterías.. El mar tiene tan pocas para nosotros...
- D.^a ENR. A este corazón y á estos brazos debo la vida de mi hijo.
- DAN. Señora, por Dios, déjese usted de historia antigua... ¿quién se acuerda ya de eso?
- LUISA No pasa día sin que llenemos de bendiciones el nombre de Daniel Rivera.
- DAN. ¡Buena falta le hacen!... Pero no fui yo quien sacó á *Moisés* de las aguas... Fué la Providencia. Hablemos de otra cosa.
- D.^a ENR. ¡Qué contenta estoy!
- LUISA ¡Y yo, Daniel!
- DAN. Pues aunque hubiera yo hecho algo de particular... ya estaba bien pagado con este recibimiento.
- LUISA ¡Hola! Luego dice usted que no entiende de galanterías.
- DAN. Es justicia. Salvar á Enrique ha resultado

un egoísmo. Me gustaba el arte, sobre todo la pintura... y pesqué un pintor. Necesitaba un buen amigo; él es el mejor, el único. Yo no tenía madre... y la encontré en usted... Soñaba con una hermanita á quien llevar recuerdos de mis viajes... y aquí la tengo... buena y hermosa. Conque, ¿quién ha salido ganando?

D.^a ENR. ¡Si Enrique te oyesel

DAN. ¿No está aquí? ¿Dónde anda ese pintamosas?...

LUISA Le estamos esperando. (Se levanta.)

D.^a ENR. Siempre viene en este tren y me extraña su retraso...

LUISA Ya no puede tardar. (Dirigiéndose á la ventana y mirando.)

DAN. ¿Y papá Reinaldo? ¿Tampoco está aquí?

D.^a ENR. ¡Ay, Dios mío, es verdad! ¡Si nos hemos vuelto locas con tu aparición! Corre, Luisa. Sube al taller... ¡qué alegrón le vamos á dar! Tantos deseos como tiene de conocerte.

LUISA ¡Qué fastidio!... ¡no viene! ¿no le ha visto usted en Barcelona?

DAN. ¡No! Hace tres horas que desembarqué. Fui primero á la calle de Aribau...

LUISA No vive allí hace dos meses.

DAN. Ya me lo han dicho. (Sonriendo.) Fui á la plaza del Angel, al nuevo estudio... Tampoco había nadie.

LUISA ¿Ni Namoun?

DAN. ¿Quién? ¿Na... mú?... ¿Qué bicho es ese?...

LUISA Su criado. Un árabe muy guapo.

DAN. ¡Ah!

LUISA Muy joven y muy bueno. Quiere á Enrique con idolatría.

DAN. Sí, sí. Ya me figuro quién es. Allí estaba, sentado en la escalera, envuelto en el albornoz. Es un gran tipo, pero debe de ser un gran indiferente. Me ha oído preguntar en varios pisos por su amo y no se movió siquiera.

LUISA ¡Ese es Namoun! (Riendo.)

D.^a ENR. Muy poco expansivo.

DAN. Ya desistía de encontrarle, pero afortuna-

damente me acordé de que los jueves—según me decía en sus cartas—comía aquí con ustedes y brindaban todos por mi recuerdo...

D.^a ENR. Así es, hijo mío.

DAN. Por eso me encaminé á la plaza de Cataluña, tomé el tren de Sarriá y aquí estoy.

LUISA Namoun pudo haberle indicado donde estaba Enrique; él lo sabría seguramente.

D.^a ENR. Ese no hace más que dormir y comerse la mitad de las letras cuando habla... Nadie le entiende... Además, se ríe por todo. Yo no sabía que los árabes eran tan risueños.

DAN. ¡Pobrecillo!

D.^a ENR. No sé qué empeño tiene mi hijo en tener á su lado un beduino semejante.

DAN. (Imitando el modo de hablar del moro.) Bon señó; da diner mercá ropa... ¿Eh?

LUISA Así habla Namoun... ¿Le ha oído usted?

DAN. No. Recuerdo que en Argel, los moros chapurrean así el español. ¡Todas las cocineras hablan esta jergal!

D.^a ENR. Pues este moro no tiene cualidad buena... Es reservado... goloso... dormilón...

LUISA Mamá... Namoun no es malo. Diga usted que no, Daniel.

D.^a ENR. Como quieras. Te ha dado por defenderle...

LUISA Es un desgraciado. Yo le quiero mucho. Tiene una historia tan triste...

DAN. ¿Sí? Alguna invención hábil para inspirar lástima á las gentes.

LUISA No señor. Todo es completamente exacto. Su historia es verdaderamente novelesca.

D.^a ENR. Bueno; eso no nos interesa ahora. Sube á buscar á tu padre.

LUISA Ahora mismo.

D.^a ENR. ¡Anda, niña!

DAN. ¿Quiere usted que yo vaya? (Levantándose.)

LUISA No, bajamos en seguida. Hasta luego, hermanito. (Se dan otro apretón de manos.)

ESCENA III

DOÑA ENRIQUETA y DANIEL

- DAN. ¡Epcantadora! La risa á sus años es canto de ángeles.
- D.^a ENR. ¿La encuentras bonita?
- DAN. ¿Y usted?
- D.^a ENR. Yo... soy su madre...
- DAN. Yo... soy su hermano. ¿Luisa es catalana?
- D.^a ENR. De Barcelona, como yo. Reinaldo y Enrique son italianos, de Génova. ¿Por qué lo preguntabas?
- DAN. Me sorprendió su puro acento castellano.
- D.^a ENR. Los viajes... La temporada que estuvimos en Madrid. No es extraño. Tampoco á mí se me nota el acento de mi tierra. (Vuelve á sentarse.)
- DAN. ¡Cierto!... Bueno; dígame usted, mamá... y Enrique ¿trabaja mucho? ¿es buen hijo? ¿se porta bien en casa? (Toma asisnto cerca de Doña Enriqueta.)
- D.^a ENR. ¡Un santo! Nos da lo necesario y lo superfluo. Trabaja mucho... Gana mucho.
- DAN. ¡Ah!... Enrique es un maestro.
- D.^a ENR. Tiene mucho talento, ¿verdad, hijo mío?
- DAN. ¡Una barbaridad!
- D.^a ENR. ¡Oh! en eso ha salido á su padre. La fama de Reinaldo Hugarty, ¿no te será desconocida?...
- DAN. No señora.
- D.^a ENR. En su época... fué un artista universal, una gloria italiana. Mira, allí tienes (Señalando al cuadro colgado entre las ventanas del frente.) la medalla que alcanzó en 1875.. ¡una primera medalla!... Entonces era muy difícil conseguirlas. Una *primera* la tenían pocos. ¡Ay, pero todo pasal... Las circunstancias... las contrariedades de la vida... Reinaldo ha sido siempre un alma de Dios... Han abusado mucho de él... Le han explotado amigos y

compañeros... Esta casa era la casa del refugio para todos... Un día salió fiador de un tal Pipette... Se trataba de una suma importante... Pipette desapareció y mi pobre marido tuvo que pagar por el otro... Y así siempre. Luego... con esa manía que tiene por las antigüedades... y eso que ahora no puede comprar todas las que quisiera...

DAN. Los éxitos de Enrique le tendrán satisfecho... orgulloso...

D.^a ENR. En el fondo... Sin embargo, no le hables mucho de los éxitos de Enrique, porque como Reinaldo ha sido un gran artista y hoy es viejo, la vejez es siempre egoísta y no suele ver con buenos ojos que la juventud arrincone lo que se va.

DAN. ¡Diantre! Pero esa es la ley eterna. Lo de hoy empuja á lo de ayer. .

D.^a ENR. Reinaldo no entra con esas teorías.

DAN. ¿Y trabaja aún?

D.^a ENR. De tarde en tarde... pero algo pinta. Le pagan muy bien sus cuadros... ¡Oh, el día que no se vendiesen... su alma de artista sufriría un golpe mortal! (Pausa.) Hijo mío, perdona si abuso de tu cortesía contándote estas cosas. Me parece que hace muchos años que te trato... Te quiero como á Enrique...

DAN. ¡Pues no faltaba más!

D.^a ENR. Me inspiras absoluta confianza y te cuento mis mayores intimidades...

DAN. Nunca se arrepentirá usted de ello.

D.^a ENR. A propósito. Voy á confiarte un asunto de transcendencia.

DAN. Escucho.

D.^a ENR. Es un secreto.

DAN. ¡Hola! ¿muy grave?

D.^a ENR. No te rías... se trata de Enrique.

DAN. ¡Ah!... (Grave.)

D.^a ENR. Me tiene seriamente preocupada.

DAN. Pues... ¿qué ocurre?

D.^a ENR. Eso es lo que yo quisiera averiguar. Pero á Enrique le sucede algo extraño desde hace cinco ó seis meses...

DAN. ¿En qué funda usted esos temores?

- D.^a ENR. Desde esa fecha sólo viene á casa un día á la semana; los jueves.
- DAN. Hoy le toca.
- D.^a ENR. Y ya lo ves, no viene.
- DAN. Tendrá mil cosas que hacer...
- D.^a ENR. No digo que no, pero... antes siempre estaba alegre, expansivo, sonriente... Hablaba de sus proyectos... de sus trabajos. . Ahora llega á casa, triste, pálido, los ojos brillantes, las manos ardiendo. ¡Oh! estoy segura. Para una madre no pasan inadvertidos estos cambios... En la vida de mi hijo hay un secreto que no puedo descubrir.
- DAN. No debe usted dar importancia á esos detalles... El cariño á los hijos hace aprensivas y celosas á todas las madres.. Enrique sufrirá alguna contrariedad; no digo que no... ¿Quién no las tiene?
- D.^a ENR. ¿Contrariedad? Sus asuntos marchan viento en popa... Acaba de instalarse en un estudio magnífico, según dicen. Yo no lo he visto siquiera. Esto también es muy extraño, y cuando se habla de ir á verlo... se contraría y cambia de conversación.
- DAN. En efecto; eso es muy extraño.
- D.^a ENR. ¿Quieres saber lo que sospecho?
- DAN. Diga usted.
- D.^a ENR. Yo creo que Enrique está enamorado.. comprometido con alguna mujer y... ¡hay mujeres tan malas por el mundo!
- DAN. (Con ingenuidad cómica.) ¿Sí?
- D.^a ENR. ¡Sólo son buenas las madres!
- DAN. ¡Já! ¡Já! ¡Encantador! ¡Já! ¡Já!
- D.^a ENR. ¿Te ríes?
- DAN. Perdone usted, mamá. ¿Qué importa que sean malas las mujeres si los cuadros que pinta son buenos?
- D.^a ENR. ¡Los cuadros!... Soy madre, no soy artista. Si esa mujer causara la muerte de mi hijo, ¿me lo devolverían sus cuadros?
- DAN. Pero esa mujer—si existe—no será *Lucrecia Borgia*. Vaya, vaya, mamita, la encuentro á usted muy atrasada. Las mujeres no matan de amor á los hombres. Voy á suponer

que existe esa mujer, que Enrique está ciego por ella, que era su modelo y hoy es su amante... ¿Y qué? ¿Va usted á perder su cariño por eso?... Un devaneo galante no es una barrera entre ese corazón y el de Enrique... Tranquilícese usted; conozco mucho á Enrique y sé que no es capaz de poner delante del cariño que profesa á ustedes... ninguna otra pasión.

D.^a ENR. Yo también le conozco y sé que mi hijo no es feliz; hay algo que le atormenta. A tí no te negará esta confesión. Te quiere como á un hermano; cuando lo sepas... ¿me lo dirás?

DAN. Sí, señora.

D.^a ENR. ¿Me lo prometes?

DAN. Se lo juro, mamá. (Abrazándola. Se oye dentro la voz de Reinaldo que se acerca cantando

*La donna é móvile,
cual piuma al vento, etc.*

Daniel se levanta. Doña Enriqueta recoge los papeles de la mesa.)

LUISA (Dentro.) ¡Calla, papá, no seas loco!

REIN. (Dentro.) ¿Dónde? ¿Dónde está ese lobo marino?...

ESCENA IV

DICHOS, LUISA y REINALDO por la segunda derecha. Es un gran tipo, cara alegre, risueña y sonrosada. El cabello blanco, le cae en bucles sobre el cuello. Luchana, bigotes despeinados. Viste amplia chaqueta de dril, pantalón bombacho y recogido por abajo, camisa blanca sin planchar, de gran cuello á la marinera que sujeta con una espléndida chalina roja hecha con nudó al desgaire. (alza zapatillas morunas del color de la chalina. Trae la cabeza descubierta, usa monóculo con cordón imperceptible. Su carácter es alegre, jovial. Su única monomanía los objetos antiguos; su adoración, el arte que practica desdichadamente, sin darse cuenta de ello. En suma, un tipo enamorado de sí y de sus obras. En el ojal de la chaqueta un botón blanco. Entra con la paleta y los pinceles que luego deja sobre un mueble.

DAN. ¡Presente!

REIN. Á ver... á ver... venga usted aquí, á proa...
(Le lleva junto á una ventana. Doña Enriqueta y Luisa

sonrten.) Así... de frente. Esa cabeza erguida... ¡á habor! (Daniel obedece las órdenes. Vuelve á la izquierda la cabeza.) Bien, ¡á estribor! (A la derecha.) ¡No va mal! Estoy encantado del examen. Es usted un acorazado de primera clase, ¡á mis brazos!

DAN. ¡Señor Hugarty! (Se abrazan.)

REIN. No se dirá que los artistas no sabemos hablar á cada cual en su lenguaje. (Transición)
¿Me quiere usted de piloto?

DAN. ¡Sería robarle al arte uno de sus más eminentes maestros!

REIN. ¡Bah, maestro! Lo fuí... lo fuí. Maestro, cuando me dieron aquella medalla... el 75. . ¡una primera! Entonces no se la daban á todos; era muy difícil conseguirla, ¿verdad, Enriqueta? ¡Chápiro! ¡Estoy encantado! ¡Qué cabeza de pirata!... ¿Eh? ¡Gran tipo para mi cuadro *Simbad!*

D.^a ENR. Puesto que bajas la paleta aprovecha la ocasión.

DAN. Por mí ..

REIN. No; no es momento. Eso sería abusar de la hospitalidad, pero no se escapará usted de mis garras, ¡chápiro!

DAN. Cuando usted disponga.

REIN. Muchas gracias. ¡Qué sorpresa!

REIN. ¡Daniel entre nosotros!... Cuando subió esa chiquilla á darme la noticia estaba retocando uno de los personajes de mi cuadro *La muerte de Agripina*. Era un momento de verdadera inspiración... Me daba pena dejarlo... Pero entre el arte y la impaciencia... me decidí por bajar á darle á usted un abrazo. (A doña Enriqueta.) ¡No lo creas! Estaba durmiendo, y cuando le dije que estaba aquí Daniel cogió la paleta y los pinceles; pero están secos...

LUISA ¡Chiquilla!

D.^a ENR. Con permiso de ustedes... Estoy de jefe de cocina.

DAN. Vaya usted á cumplir con su obligación, señorita

LUISA Es cuestión de un momento. (Mutis por la segunda izquierda.)

- DAN. ¡No sé cómo agradecer!...
- REIN. Viniendo á vernos con mucha frecuencia.
- DAN. ¡Ah! si este pueblecito estuviera en medio del mar...
- REIN. (Retrocediendo y entornando los ojos para mirar á Daniel.) Pero... ¡qué cabeza tan hermosa!... ¡Es la de *Simbad* el pirata! (Daniel ríe.) ¡Luisa! ¡Luisa! (Llamando.) Obsequiemos á *Simbad* el marino... Trae una botella de *Chianti*. Ya lo habrá usted bebido.
- DAN. Muchas veces. Es un delicioso vino italiano.
- D.^a ENR. Muy caro.
- REIN. ¡Bah' como aquí se trae al por mayor, sale más barato. Una copita de *Chianti* ó de *Lacrima*, ¿eh? no le irá mal.
- DAN. Como usted quiera.
- D.^a ENR. Si vamos á comer en seguida.
- REIN. ¿Comer?... Pues es verdad. Yo me notaba algo en el estómago y llevaba dos horas pensando qué sería. Ya dí con ello.
- DAN. Era hambre.
- REIN. ¡Chápiro! ni más ni menos. Estoy malucho. Echado á perder.
- DAN. Pues la cara no es el mejor testimonio de esa afirmación.
- D.^a ENR. No le hagas caso, Daniel. ¡Manías!
- REIN. ¿Manías? Esta mañana estaba haciéndole sonreír al sepulturero de mi cuadro *Vida* y me quedé profundamente dormido... ¡Dormido!... ¿Qué significa esto? ¿Por qué me quedé dormido?
- D.^a ENR. Porque tenías sueño.
- REIN. ¿Sueño?... Yo nunca he tenido sueño. Los artistas, los grandes artistas no cierran jamás los ojos; los entornan.
- D.^a ENR. Hombre, no digas éso, porque te acuestas á las ocho de la noche y te levantas á las diez de la mañana.
- REIN. ¿Y qué? No duermo; medito. Las primeras ocho ó diez horas, hasta que cojo el sueño, medito, y veo que esto se va... se va. ¡Los disgustos! Ya le habrán contado á usted...

ESCENA V

DICHOS y LUISA, por la puerta de la cocina. Detrás JUANA, con una bandeja, en la que trae una botella de «Chianti» otra de «Lacri-me» y varias copas, que coloca cerca del grupo en una mesita volante

- DAN. (A Reinaldo.) Algo me ha dicho doña Enri-
queta...
- REIN. El asunto de Pipette fué para mí un golpe
mortal.
- DAN. Lo comprendo.
- REIN. ¡Terrible!
- LUISA. ¿Se van ustedes á poner trágicos después de
pedir el vino?
- REIN. ¡Chápiro! Luisa tiene razón. ¡Vénga *Lacri-
me!* (Luisa sirve dos copas, que ofrece á Reinaldo y
Daniel. Juana se retira por donde entró.)
- DAN. ¡Por ustedes y por Enrique! ¡Mi única fa-
milia!
- REIN. ¡Por la llegada de Daniel Rivera! (Ambos be-
ben. Luisa hace un gracioso gesto, mirando á doña
Enriqueta.)
- LUISA. Bueno... pues también nosotras somos hi-
jas de Dios. ¿Verdad, mamá? (Llena otras dos
copas. Ofrece una á doña Enriqueta.)
- D.^a ENR. ¿Esto no hace daño?
- LUISA. Es inofensivo. Bebe.
- REIN. (A doña Enriqueta.) ¡Bebamos y que las penas
se ahoguen en el vino!
- DAN. ¡Papá Reinaldo no debe de tener muchas!
¡La fachada tiene buenver!
- REIN. ¡Chápiro! ¿Verdad que me defiendo bien?
- DAN. ¡Es usted un muchacho!
- REIN. Sí señor. Tengo el alma joven y las energías
en buen uso. No me cambio por ninguno
de esos pintorzuelos «del día». Esos de la
hora azul... y las melenas lacias. Los de la
luna pálida... el amor pálido... la cara pálida
y sucia, que ven la Naturaleza con lentes
ahumados...

- DAN. El abuso del vinagre.
REIN. Yo todavía siento el color rojo y lleno mis cuadros de luz.
- LUISA Pido la palabra para defender á un ausente.
REIN. ¿Qué dices tú?
LUISA Que Enrique es un pintor joven, del día, como tú dices, y no tiene melenas lacias... ni lleva lentes... ni tiene la cara sucia (Risas.) sino que tiene un cabello hermoso... y...
- REIN. (Interrumpiéndola.) Lo tendría si no hiciera la imbecilidad de cortárselo. Yo lo llevo largo, como el divino Rafael, mi discípulo, digo, mi maestro, es decir, el maestro de todos. (Se sienta y enciende su pipa.)
- D.^a ENR. Cierto, hija mía. Según dice tu padre, la historia cuenta que Rafael y Leonardo de Vinci (1) llevaban el cabello así.
- REIN. Y así los llevaré siempre hasta que ellos me abandonen.
- LUISA Entonces te pondrás una peluca.
REIN. ¡Naturalmente! Esa será mi protesta contra estos artistas mercantilizados que piensan más en el producto de sus lienzos que en el arte de sus creaciones.
- DAN. Algo hay de eso... Influencias americanas...
REIN. ¿Qué dice usted, sacrílego? ¡Los americanos son más artistas que nosotros!
- DAN. ¡Oh, señor Hugarty!
REIN. Nada, nada... Yo, Reinaldo Carlos Enrique Humberto Alejo Hugarty, conocido en la república del arte por «Hugarty el viejo», premiado en mil ochocientos setenta y cinco con primera medalla—(Transición; á doña Enriqueta.) y ya sabéis lo difícil que era conseguir una primera entonces—yo lo afirmo. Los americanos nos llevan una delantera formidable. Y yo, Reinaldo Carlos Enrique Humberto.. etcétera, no puedo vender ni uno solo de mis cuadros en España, ni en Italia... ¡Envidia y miedo á la comparación! ¿Y sabe usted, mi querido Daniel, en dónde se venden como pan bendito?

(1) Pronúnciese «Vinchi».

- DAN. ¿En América?
REIN. Sí, señor; en New York. Allí me entienden.
D.^a ENR. ¡Oh! Allí se vuelven locos con los cuadros de éste.
LUIZA Porque son muy inteligentes, ni más ni menos.
REIN. (Con una caricia.) Gracias, pequeña.
DAN. Ese dato me reconcilia con ellos.
REIN. Es una raza culta... Yo ganaría allí cuanto quisiera, pero no soy ambicioso; con tener lo suficiente para comprar porcelanas antiguas, objetos históricos...
DAN. Ya sé que tiene usted gran afición.
D.^a ENR. ¡Locura!
REIN. Poseo una colección extraordinaria de curiosidades... Ya la verá usted en el taller. Ejemplares únicos... rarísimos... El famoso devocionario de Enrique tercero con dos miniaturas en las tapas... Una espada que usó Felipe segundo... Otra de Felipe tercero... Un zapato—el derecho—del Conde-Duque de Olivares... Una muela, de arriba, del famoso Rivoli... ¡Oh! cosas de un valor histórico inapreciable. (Luisa sigue mirando por la ventana del jardín.)
D.^a ENR. ¿Cuánto te ofrece por la colección el Marqués de Reinosá?
REIN. ¡Lo que pida! Es un hombre millonario. No tengo mas que abrir la boca y me da... cuatro, seis, ocho mil duros, lo que pida... Pero no la venderé jamás, antes... ¡el suicidio!
DAN. ¡Por Dios, señor Hugarty!
REIN. Lo que usted oye.
DAN. Me lo explico. Los artistas, los grandes artistas, desprecian el dinero.
LUIZA (En la ventana.) Nada, no veo á Enrique.
D.^a ENR. Habrá perdido el tren.
REIN. El señorito no se da gran prisa cuando viene á casa... Le molesta ese cuadro. (Aludiendo al de la famosa medalla.)
DAN. ¡No! ¿Cómo es posible?
REIN. Es igual. ¡Chápiro! Venga otro sorbo para hacer paciencia... Sirve, Daniel, y déjame que te llame de tú.

- DAN. No es otro mi deseo.
REIN. He adivinado tu pensamiento. (Levantando la copa y cantando el brindis de «Cavalleria rusticana.»)
«Viva il vino spumeggiante
nel bichiere scintillante...»
- DAN. ¡Ah! Bello arte también el de la música.
REIN. ¿Te gusta?
DAN. Mucho. Cuando empecé á vivir me dió por la música... Estudié armonía y composición, pero tuve miedo de resultar una calamidad musical y lo dejé. La suerte y mi carácter aventurero me llevaron por otro camino...
REIN. Y te declaraste «hombre al agua.»
DAN. Llovida del cielo cayó en mis manos una fortuna regular de un tío de mi padre... Se desbordaron mis inquietudes por ver el mundo, no podía estar dos días seguidos en ninguna parte y el alquitrán que llevo en la sangre me empujó á buscar la felicidad por otros países. Ya saben ustedes cómo me llama Enrique.
LUISA El *torbellino*.
DAN. Eso es; el torbellino, el huracán... Correr, viajar constantemente.
REIN. Viajar es aprender.
DAN. Para mí los viajes tenían además el atractivo de mi independencia salvaje. No tenía amo á quien servir, ni obligaciones de profesión que respetar... Podía variar de rumbo á mi antojo, pero sin rumbo fijo... Mis cartas marinas eran el azar y la casualidad... ¡Adelante y sin volver los ojos al camino andado! ¡A otros horizontes! ¡á lo desconocido!... y siempre ¡más allá!
- REIN. ¡Bravo, Daniel! Yo también he viajado mucho y por todos los medios de locomoción conquistados por el hombre hasta el día. El tren, el buque, el globo. Solo me falta viajar en un submarino... Pero no he perdido la esperanza.
D. a ENR. ¡Qué par de locos! Pues á mí que no me saquen de mi tranquilo rincón.
LUISA Sí, ¡pero es tan sosa esta vida!... Siempre lo mismo...

- DAN. ¡Oh! la vida es tan hermosa como breve y hay que aprovechar el tiempo... No se vive más que una vez.
- LUISA ¿Lo ves, mamá? Así pienso yo; como Daniel.
- REIN. Tú eres hija mía y tienes alas en la imaginación.
- D.^a ENR. Bueno, pues yo —con permiso de ustedes— creo que eso de vivir sin reposo... no es vivir. Ya ves Daniel... ¡siempre navegando!
- DAN. ¡Siempre!
- D.^a ENR. ¿Tienes parientes allí?
- DAN. ¿Dónde es allí, mamá!
- D.^a ENR. ¡Qué sé yo! .. Allí, donde tú vas.
- DAN. Allí... es en todas partes, porque yo no voy á ninguna y lo recorro todo.
- REIN. ¡Bien explicado!... Allí, es donde palpita un soplo de arte, de vida nueva...
- DAN. Allí... es el torbellino. (Riendo.)
- D.^a ENR. ¡Tiene razón Enrique!... ¡Qué cabeza de muchacho!
- DAN. Mi barco es mi esclavo; va donde le lleva mi pensamiento y obedece sin hacerme la la menor observación.
- LUISA ¿Es bonito?
- DAN. Blanco, como un cisne.
- LUISA Yo quiero verlo. ¿Está en el puerto de Barcelona?
- DAN. No, Luisa. Lo he dejado en Marsella para ligeras reparaciones. He llegado á Barcelona en un vapor francés.
- D.^a ENR. ¿Y vienes de muy lejos?
- DAN. Vengo dando una gran vuelta por el mundo. Hace dos meses salí de Nueva York y...
- REIN. ¿De Nueva York?... ¡Ah!... ¿Entonces, habrás visto mis obras en los grandes escaparates de la casa Jackson?
- DAN. ¿Jackson?
- REIN. Sí, hombre; el famoso comerciante en cuadros... Ese es el que compra todas mis obras.
- DAN. ¿Jackson?... no recuerdo... no le conozco.
- REIN. Pues chico... su fama es universal. Sostiene el mercado del mundo entero. Enrique te

dará más detalles, porque él es el que se encarga de todo, ¿sabes?... Yo pinto y nada más.

LUISA Y digo yo... ahora que tenemos la dicha de que el *torbellino* se haya detenido aquí... ¿volverá pronto á su veloz carrera?...

DAN. ¿Qué sé yo, señorita?... Aquí, al lado de ustedes, se está muy bien... pero...

LUISA Pero, ¿qué?... ¿se está mejor dando tumbos por esos mares?

DAN. ¡Oh, no! Se está mejor donde se encuentra un poco calor de hogar... ¡Yo estoy solo en el mundo!... Aquí se respira un ambiente de cariño, sonriente, dulce...

REIN. ¡Chápiro! Aquí se ríe siempre... Es la bohemia en familia... Ambiente de arte. (Cantando.)

*Vechia zimarra senti
io resto al pian...*

(Se oye dentro y lejos la bocina del tren.)

LUISA (Corriendo á la ventana.) ¡El tren! Ahí está Enrique... ¡Enrique!

REIN. Por la hora debe de ser el tren que baja á Barcelona.

DAN. (Mirando su reloj.) ¡Las dos y media! (Levantándose.) Voy á ver si lo alcanzo.

REIN. ¡Pun! .. ¡Brurrun!... ¡El huracán!

LUISA ¿Se va usted? (Contrariada.)

D.^a ENR. ¿Sin comer?... ¡De ningún modo!

DAN. Necesito estar á las cuatro en la Legación americana. Es asunto urgente... Antes he de ir al hotel...

LUISA ¿No quiere usted ver á mi hermano? ¡Ya no tardará!

DAN. Si no le encuentro esta tarde, le veré mañana sin falta. Pero voy á pedir á ustedes un favor. No le digan que estoy aquí. Déjenme ustedes el placer de la sorpresa. Todos los viajeros tenemos esta inocente manía. ¡Es tan hermoso caer como llovido del cielo, en los brazos de un buen amigo!...

REIN. ¡Tienes razón! ¡Chápiro!... ¡Silencio absoluto! Una cosa así hice yo con Pipette.

D.^a ENR. ¡Agradable recuerdo!

- LUISA ¿Fué cuando se llevó tus cuartos, papá?
REIN. ¡Fué... cuando fué!... ¡Vaya!
DAN. ¡Un abrazo, papá Hugarty! (Cortando el incidente.)
REIN. ¡Y mil!... No está Pipette, pero está mi *Simbad*... (Se abrazan.)
DAN. Mamá... ¡adiós! (Idem.)
D.^a ENR. ¡Adiós, hijo mío! (Aparte á Daniel.) ¿Vendrás á decirme lo que averigües?
DAN. (Aparte á doña Enriqueta.) Lo prometo. Hermanita mía... (Estrechándole la mano entre las dos suyas)
LUISA ¡Adiós, hermanito Daniel!
REIN. (Volviendo á abrazarle.) Ven por aquí con frecuencia. . Es probable que me decida á hacer el cuadro... (Contemplándole.) ¡Brava testa! Jackson pagaría muy bien un retrato tuyo firmado por Hugarty el viejo... ¿eh?
DAN. Lo compraría yo.
REIN. Ya es tuyo. . cuando lo pinte.
DAN. (A Luisa.) ¿Habrà chantilly el día que yo venga á comer?
LUISA Habrá muchas cosas buenas.
D.^a ENR. Déjale, que va á perder el tren.
DAN. ¡Adiós!... ¡adiós!... y... ¡silencio! que no sospeche Enrique.
REIN. (Cantando con música de «Rigoletto.»)
*Addio, addio,
speranza e d'anima...*
(Al ir á salir por la mampara, se oye la campana del jardín.)
DAN. }
LUISA } ¡Enrique!
D.^a ENR. }
REIN. ¡Te cazó!
DAN. ¿Dónde me escondo?
LUISA Detrás de la mampara. ¡Si ya decía yo que no podía tardar! ¡Juana, la comida!
D.^a ENR. ¡Qué sorpresa va á recibir! (Daniel se oculta detrás de la mampara que abre él mismo. Todos corren hacia la puerta, con ansiedad, en el mismo momento que aparece el árabe Namoun.—Transición.)

ESCENA VI

DICHOS. NAMOUN por la primera izquierda. Viste chaqueta moruna de franela blanca, sujeta á la cintura por una faja de vistosos colores, pantalon moruno. Lleva fez rojo y zapatillas del mismo color, bordadas en oro

NAM Bono día ¡Jé, jé, jé! (Riendo.)
LUISA ¡Namoun!
DAN. ¡Ah! (Contrariado.)
D.^a ENR. ¡No es Enrique! (Idem.)
REIN. ¡El árabe! (Idem.)
DAN. No me detengo más. Adiós, todos.
TODOS (Menos Namoun.) Adiós. (Mutis Daniel por la primera izquierda.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, menos DANIEL. Luego JUANA

LUISA (A Namoun) ¿Y el señorito?
REIN. (Idem.) ¿Dónde está tu amo?
NAM Ñor Enrique, no po venir en casa. ¡Jé, jé!
(Rie.) Pero estar bono.
LUISA ¿Por qué no puede venir?
D.^a ENR. ¿Está enfermó?
NAM. Éstar bono... bono.... bono. ¡Jé, jé! (Rie.)
REIN. (Asomado á la ventana y llamando.) Oye... Daniel... infórmate en la Legación, para que sepas quién es Jackson, el de mis cuadros... Bueno... ¡Adiós, *Simbad!*... (Bajando al proscenio.) ¿Qué pasa?
LUISA Que no viene Enrique.
REIN. ¿Le ocurre algo?
NAM. Nada ocurre. ¡Jé, jé! (Rie.) Nada. Ñor Enrique, estar bono... bono... ¡Jé, jé! (Rie.)
REIN. (Con desconfianza.) ¡Hum! ¡Hum!
NAM. Trabaja mucho... mucho... Ñor Enrique, no pode venir en casa; pobe, trabaja mucho.
REIN. ¡Bah! Está muy gastada la excusa.

- LUISA ¡Con el *menú* y la sorpresa que yo había preparado!... ¡Qué rabia!
- NAM. ¡Oh!... Comer bien, bien allí... ¡Jé, jé! (Ríe) Aquí come mejor. ¡Jé, jé! (Ríe.) Huele cosa rica... rica... (Olfateando cómicamente.)
- D.^a ENR. (Con decisión.) Dile al señorito que mañana vamos á verle.
- NAM. Bono; mañana... ñor tiene salir. Trabajo mucho... mucho.
- D.^a ENR. No importa, tú le das el recado de que iremos á verle sin falta. ¿Comprendes?
- NAM. Comprendo, ñora; diré todo. Namoun entiende bien español. ¡Jé, jé! (Ríe.)
- D.^a ENR. Además, le dices que su amigo...
- REIN. (Con voz terrible.) ¡¡Silencio!
- D.^a ENR. ¡Ay!... Me has asustado, hombre.
- LUISA Vaya, papá, á la mesa. Juana, el puré.
- JUANA (Dentro.) En seguida, señorita.
- D.^a ENR. ¿Te acordarás, Namoun?
- NAM. Sí... Todo diré... Moro tiene bona memoria.
- D.^a ENR. Pues adiós.
- NAM. Come bien aquí... ¡Jé, jé! (Ríe.) Bono día, ñor. Bono día, ñora.
- LUISA Adiós, Namoun.
- NAM. Bono día. (Sale Namoun primera izquierda.)
- JUANA (Saliendo de la cocina con una sopera descubierta, de la cual sale el vapor del caldo.) Cuando gusten los señores.
- D.^a ENR. ¡A la mesa! Reinaldo, vamos. (Reinaldo está mirando por la ventana.)
- REIN. Voy. ¿Con quién habla ese beduino?
- D.^a ENR. ¿Qué te importa? Ven á comer.
- REIN. (Dando un grito.) ¡¡¡Eh!!! ¡¡Es él!!!
- LUISA Y } (Levantándose con rapidez de la mesa y yendo á mirar
- D.^a ENR. } por la ventana) ¿Enrique?
- REIN. ¡Chápiro! ¿De dónde sale este hombre?
- JUANA ¿Es el señorito?
- REIN. ¡Qué señorito! ¡¡Pipette!
- D.^a ENR. ¡Ah! Buena la hicimos!
- LUISA ¡Dios mío! ¡Pipette!
- REIN. (Dando gritos por la ventana como un loco.) ¡¡Eh!!! ¡¡Pipette!!! ¡¡Sí!!! ¡¡Sí!!! ¡Aquí es!!! ¡Espera! ¡Voy por tí!... ¡¡Pipette!!! ¡¡Pipette!!! (Sale corriendo primera izquierda.)

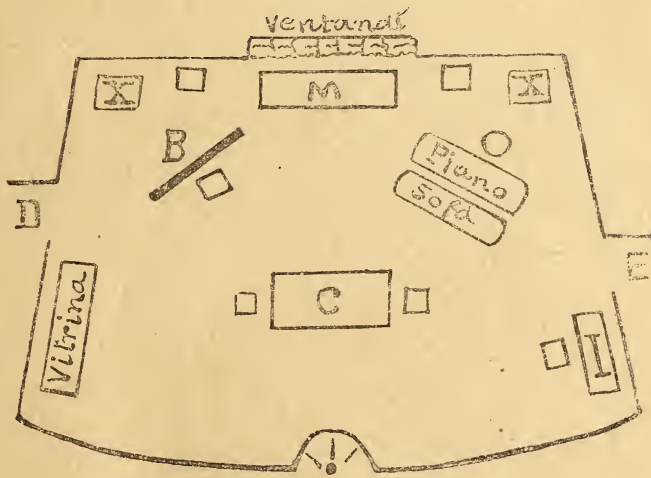
D.^a ENR. ¿Y la comida?
JUANA ¡Se va á enfriar la sopa!
REIN. (Dentro.) ¡Pipette!... ¡Pipette!... ¡A mis brazos!
D.^a ENR. ¡Está loco con ese amigote!
LUISA ¡Si yo sé esto! ¡En seguida preparo el chantilly!... (Doña Enriqueta y Luisa, al lado de la mesa, indecisas, contrariadas, sin saber qué hacer. Juana, esperando órdenes. Dentro, Reinaldo dando voces de júbilo por el encuentro con Pipette, cuya voz también se oye en el cambio de saludos.—Cuadro.—Telón lento.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Taller de pintor. alegre, coquetón y dispuesto con arreglo al siguiente boceto de plantación:

Foro: Tejado



M=Arcón grande y antiguo, adosado al muro del foro, perfectamente debajo del gran ventanal.

B=Caballete de palo santo.—Delante silla de tijera.—Sobre el caballete, un paisaje sin terminar.

C=Mesa ligera, estilo moderno, con album, papeles, etc.

D=Puerta mampara que abre hacia la escena.

I=Precioso pupitre de laca con recado de escribir.

E=Puerta practicable, segundo término.

XX=Estátuas femeninas.

□ □=Sillas volantes dispuestas convenientemente.

En una vitrina, se hallan algunos de los objetos de arte que se citan en el diálogo.—Transparentes de color de rosa sobre el ventanal.—Plena luz del día.—Repartidos por muebles y paredes, bronces, tapices, armaduras, armas, cuadros, bocetos, etc., etc., cuanto, á gusto de la dirección de escena, contribuya á darle carácter al estudio.—El piano está cubierto con un tapiz persa.—Sobre el piano, varios retratos, un péndulo y pequeños bustos de yeso.—Entre los retratos, uno de Daniel Rivera, en traje de marino.—Todos los muebles de moderna hechura, muy lijeros y muy claros. En un rincón del foro ó apoyada sobre un mueble, una sombrilla.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE sentado en la silla próxima al pupitre en actitud reflexiva, triste. Es un muchacho de veinticinco años, de aspecto simpático, elegante y distinguido. GUSTAVO, en pie, cerca de la mesa del centro contemplando al anterior. Tiene una carta en la mano que se supone acaba de leer, al empezar el acto. Gustavo es un artista moderno, compositor de música, enamorado de Wagner. Viste traje obscuro de americana, sombrero flexible, corbata chalina de fondo azul con blancos lunares. Usa melena larga y lleva la cara totalmente afeitada. Lo que la gente llama «un modernista». NAMOUN aparece echado é inmóvil sobre el arcón colocado debajo del ventana. Está totalmente cubierto con un tapiz. El público no debe adivinar que allí hay un ser dormido, sino que sobre el arcón hay un montón de telas.

- GUS. Chico. . esta carta es de una crueldad inconcebible.
- ENR. Lo sé.
- GUS. ¿No se te ha ocurrido otro final?
- ENR. No. Es muy difícil escribir ciertas cosas.
- GUS. Tienes razón: los hombres apasionados, no saben separarse nunca de las mujeres... ni terminar las cartas de amor.
- ENR. ¡Pobre Celia!
- GUS. Cuando ella lea esto... ¿qué va á pensar de tí?
- ENR. ¡Era necesario!... De todas las catástrofes de la vida... el hundimiento de unos amores es la que más tristezas produce.

- GUS. ¡Déjate de lirismos! Medita bien el efecto que han de hacer tus palabras en el alma de esa pobre niña. ¡Te quiere tanto!...
- ENR. Las cosas más agradables llegan también a su término.
- GUS. Pero cinco años de historia íntima no se borran con cinco renglones de estos.
- ENR. No hay remedio, Gustavo. No es que la dejes; me separan de ella las cosas de la vida... Tenemos que ir por caminos opuestos.
- GUS. ¿Y así se sacrifican cinco años de infinitas ternuras, de vida amante? (Pausa. Enrique se encoge de hombros por no encontrar otra contestación.) Renunció a todo... lo dejó todo por tí... Nada, que no fueras tú, le inspiraba el menor interés... Ha sido tu compañera... tu amiga... ¡tu felicidad! Piénsalo bien, Enrique, ¡pobre mujer! ¡Pobre «bebé» como tú la llamas.
- ENR. (Se levanta) Sí, sí; llorará mucho; llorará amargamente... Tienes razón; esto no puede ser.
- GUS. No hay derecho para causarle tanto daño. ¿Por qué mentir? ¿Por qué decretar una separación violenta, cobarde, traidora?
- ENR. (Pensativo.) Sería más leal, más honrado decirle lo que me obliga a separarme de ella.
- GUS. ¡Sin duda! Eso es más sencillo, y, sobre todo, más decoroso.
- ENR. Pero sería preciso contarle... todo cuanto constituye el secreto de mi vida.
- GUS. (Vacilando también.) ¡Es verdad!
- ENR. Y entonces... ella no querría separarse de mí... Trabajaría por ayudarme, sufriría a mi lado privaciones y contrariedades.
- GUS. Sin la menor flaqueza de espíritu.
- ENR. Pero, contéstame, moralista, hombre de mundo... ¿aceptarías tú, en mi caso, tales sacrificios?
- GUS. (Contestando por salir del paso.) No es decisión de un instante...
- ENR. Eso es contestar que no. Bueno es que yo trabaje para ella... después de trabajar por

los otros. Pero si mi esfuerzo resulta estéril... ¿con qué derecho puedo esclavizarla á mi situación?

GUS. Sería un proceder egoísta.

ENR. ¿Lo ves? ¡Si estamos de acuerdo! Ahora mismo le mando la carta. Que me juzgue como quiera. Prefiero su indignación á su lástima. No quiero humillarme vencido.

GUS. Creerá que no tienes entrañas ó que el hastío...

ENR. (Interrumpiéndole.) Creerá lo que quiera, pero no la verdad, porque nunca se equivocan tanto las mujeres como cuando están seguras de acertar. (Llamando.) ¡Namoun, Namoun!

NAM. (Descubriéndose poco á poco.) Aquí stá, ñor. (se levanta.)

ENR. ¿Otra vez echado?

NAM. No tiene cosa po trabajá. ¡Jé, jé! Amo es bono.

ENR. Vas á llevar esta carta inmediatamente. (se la toma á Gustavo, va al pupitre y la mete en un sobre, dando muestras de agitación.)

NAM. Ya sabe: A ñorita Selia! (Haciendo "pucheros".)

GUS. Espera, Enrique, espera. Siempre hay tiempo para un extremo recurso.

ENR. (Escribiendo.) Vacilar es no resolver.

GUS. Conformes: pero... vacilar es también dar tiempo é una solución más meditada.

ENR. (Se levanta del pupitre con la carta cerrada.) Me atormentas con tus reflexiones... Toma, Namoun. (Este alarga el brazo para tomar la carta, y Gustavo la coge por sorpresa.)

GUS. Espera, yo te lo ruego. La carta, no. Vé tú mismo, habla con ella.

ENR. No tendría valor para decirle...

GUS. ¿Luego confiesas que esto es una crueldad?

ENR. Pero ya está escrito.

GUS. (Rompiendo la carta en mil pedazos.) Esto desaparece en seguida.

ENR. ¿Qué haces? (sorpresa.)

GUS. Evitarte un remordimiento.

NAM. (Que observa atentamente clavado en el suelo.) ¡Oh, bono, bono, ñor Gustavo! (Riendo con satisfacción.) Perdón, amo. ¡Vaya ver ñorita Selia!

Todo arregla mejó. ¡Pobe ñorita! ¡E bona, é bona! ¡Quiere mucho Namoun! ¡Lo hace carisial ¡E bona como el ángel!

ENR. ¿También tú? ¡Ea! Voy á complaceros. Voy á verla. Le diré... nõ sé... nõ sé si podré enganarla... pero inventaré una fábula.

GUS. Pretexta un viaje forzoso... un cambio de residencia.

ENR. Sí, sí. Algo será...

GUS. Una fábula verosímil... ya que tu altivez de carácter te obliga a disimular todo lo que, confesado, sería más meritorio.

ENR. No entiendo ahora de distingos ni sutilezas. Estoy loco, Gustavo. Loco por el amor y por la lucha de la vida. En buena moral, son antes nuestros deberes que nuestras afecciones, ¿no es eso? Voy á cumplir con mi obligación. Que se derrumbe aquello para que se salve el primero de mis deberes: el de ser un buen hijo. Adiós. (Mutis rápido por la segunda derecha.)

ESCENA II

GUSTAVO y NAMOUN. Han quedado los dos inmóviles, silenciosos, viendo marchar á Enrique. Momentos de pausa. Namoun llora

GUS. ¿Lloras, Namoun?

NAM. Ñor Enrique da pena.

GUS. Verdaderamente es doloroso lo que sucede.

NAM. Papá Reinaldo no sabe trabajo mucho ñor Enrique. Papá gasta... gasta... duerme más que Namoun, ¡jé, jé! Compla cosa rara... Bebe vino bono, bono... Todo paga ñor Enrique.

GUS. ¿Pero tú no dirás á nadie?...

NAM. ¡Ah! Namoun jura silencio pa que ñor Enrique no castigue pobe moro.

GUS. Nunca te ha castigado, pero si tú hablastes lo que no debes...

NAM. Namoun jura silencio.

GUS. Bien.

NAM. Ya había olvidao encargo...

- GUS. ¿Te vas?
NAM. No. Voy poner tajeta ñor Enrique la pueta mampara. (Toma de encima de un mueble un tarjetón de regular tamaño que tiene este rótulo: «Estudio de Enrique Hugarty.» Coge un martillo, clavos y una banqueta y se dirige hacia la puerta mampara disponiéndose á clavarlo por fuera.)
- GUS. ¡Ah! Pues anda. Yo voy á enredar en el piano. La música es un gran consuelo. . aunque no para todos. (Va al piano, toma asiento en el taburete y toca «algo de Wagner» de lo más conocido. Namoun le interrumpe dando martillazos.) ¿Qué haces, Namoun?
NAM. Doy golpes, ñor.
GUS. Pero es que me interrumpes con el ruido.
NAM. Ñor molestá Namoun con la música. ¡Jé, jé!
GUS. Estamos en paz. (Más música de Wagner y nuevos martillazos de Namoun. El duo se interrumpe con la brusca aparición de Daniel que al entrar derriba á Namoun subido en la banqueta. Gustavo, al sentir el golpe, deja de tocar de pronto y se levanta, saliendo al encuentro del recién llegado.)

ESCENA III

GUSTAVO, NAMOUM, DANIEL, por la puerta mampara

- DAN. Perdona, morito. (Riendo.)
NAM. Avisa Namoun cuando quiere entrar... y quita de enmedio... (Serio.)
- DAN. Buenos días, caballero.
GUS. Servidor de usted.
- DAN. ¿Es este el estudio de Enrique Hugarty?
GUS. Sí, señor; su estudio y su casa, que yo me atrevo á ofrecer á usted en su nombre.
- DAN. Muchas gracias.
GUS. Enrique ha salido hace un momento. (Namoun ha terminado de colocar el tarjetón. Vuelve á dejar los chirimbolos utilizados en aquella labor. Después se fija detenidamente en Daniel, recordando haberle visto en casa de los padres de Enrique.)
- DAN. Estamos jugando al escondite. Llevo así dos días. Y tengo una impaciencia...

- GUS. Me lo figuro ¿Usted es el bravo marino Daniel Rivera?
- DAN. El mismo, sin adjetivos.
- GUS. El «torbellino», y perdone usted este otro, que en mis labios puede ofenderle.
- DAN. ¿Me conocía usted?
- GUS. Por este retrato. (Aludiendo á uno que hay colocado sobre el piano en un atril.)
- DAN. ¡Ah!
- GUS. Enrique me ha hablado de usted millones de veces. Sé que fué usted su salvador...
- DAN. Por lo visto Enrique ha repartido prospectos contando la hazaña.. (Riendo.)
- GUS. Aquí es popular.
- DAN. Eso sucede todos los días... Pero ahora... tenga usted la bondad de decirme con quién tengo el gusto de hablar.
- GUS. Sí, señor. Gustavo Lórin, soltero, sólo, pobre, gran admirador de Wagner, gran amigo de Enrique y murguista de profesión, para lo que usted guste mandar.
- DAN. Muchas gracias.
- GUS. Tengo escrita una ópera que no estrenaré nunca y tengo un montón de esperanzas que no he de realizar en mi vida. Ya sabe usted quién soy por los cuatro costados.
- DAN. En adelante, cuando yo le presente á usted en algún sitio, diré: Gustavo Lórin, artista y soñador.
- GUS. ¿Artista? Eso es pagarme los adjetivos de antes con un interés que vale más que el capital.
- DAN. Bueno, pues dejemos los piropos y echemos un cigarro. ¡La vida es humo! (Sacando una enorme petaca con ricos habanos, que ofrece á Gustavo. Namoun que, sentado otra vez sobre el arcón, observa y calla, se levanta en este momento, y cuando Daniel enciende una cerilla para darle fuego al cigarro, se acerca y la apaga con mucha calma.) ¿Qué haces, morito?
- NAM. (Con cierta sumisión burlona.) Ñor... aquí no pode fumá .. Humo todo pone nego... Cosa nega .. cosa fea...
- DAN. (Dudando antes de contestar.) Tienes razón. Ha-

bía olvidado que estábamos en el templo del arte... Y que tenía aquí Enrique un can- cerbero.

NAM. Namoun no ser cerbero, ser morito.

DAN. Podías haberte quedado por allí. ¿A qué diablos has venido tú á España? Me han dicho que tienes una historia muy interesante. Cuéntala. En algo hemos de pasar el tiempo hasta que ese vuelva.

NAM. Ñor, mi historia no vale nada.

GUS. No importa, hombre. Este caballero tiene curiosidad por conocerla.

NAM. No interesa vida del pobe moro. Pero quiere que cuente... bono. Padre y madre, no sabe nada. Taba sólo por Argel y... húngaros negos, más negos como yo, dijo: *Viene con mí po trabajá... po comé...* Namoun fué con húngaro... Llegó qui... va dos años. La tribu de húngaro llevaba uno jefe, Nakort... Hombre grande, fuerte. Yo servía todos, cuidaba fieras y quería jefe Nakort como perro quiere el amo. Sólo po Nakort sufría moro con paciencia pegar húngaro... Un oso banco, mu banco, que llamaba *Nubit*, era el favorito de jefe Nakort. Yo daba al osito asuca... osito pasaba lengua po la mano. ¡Quería mucho pobe animá! Un día... un chacá, fiera terrible, mordió al jefe... ¡Cuánta sangre! Nakort murió. Yo lloraba, lloraba mucho, caminaba tiste, muy tiste, detrás de todo los húngaro... ¡Jí! ¡Jí! Siempre ¡Jí! ¡Jí! Llevaba la cadena de osito *Nubit*, también tiste... Los húngaro marcharon errantes por el mundo; Namoun dijo no quería seguir la caravana po no dejá sólo camposanto al pobe jefe mueto... y escondió con osito *Nubit*... Pero Namoun v *Nubit* pasó mucha pena, ñor, mucho fio, hambe... Moro pedía limona pa lo dó, y la gente no daba limona; coría, coría al venos. Daba miedo del oso. Una noche, al pueta de camposanto, dormía *Nubit*; moro dormía sobre osito, como siempe. ¡El pobe jefe, dormía dentrol! ¡Tembábamos de fio!... Po la mañana despertaron unos ñores que pasa-

ban... ¡Eh! ¡Eh! ¡Aribal... dijo ñor Enrique que'staba allí. ¡Aribal! ¡Pobe oso *Nubit*, staba mueto! (Enjugándose las lágrimas) Ñor Enrique trajo conmigo á casa, pintó cuadro, ganá dinero, mucho dinero y Namoun ya'staba contento, poque ñor Enrique é bono, bono, quiere mucho pobe moro, moro quiere más ñor Enrique... ¡Ya ve, ñor, historia del pobe moro, no interesa nadie! E tiste, nega, como yo. Pero ñor quiso sabela... y morito contó la historia. No sabe má.

DAN. ¡Diablo de chicuelo! (Conmovido.)

GUS. Se acabaron las cosas tristes. ¿Vamos al encuentro de Enrique?... Yo sé dónde ha ido y por dónde ha de volver. Podemos fumar, tomar un vaso de cerveza, que tampoco hay aquí, y charlar un rato.

DAN. Pues... ¡mar adentro! (Disponiéndose á marchar.)

GUS. Vamos. Adiós, Namoun.

DAN. Hasta luego, morito. (Namoun saluda haciendo cortesías exageradas.) ¡Pues ro me ha hecho llorar ese muñeco! (Secándose una lágrima.)

GUS. Es bueno y fiel como un perro.

DAN. ¡Muy simpático! (Mutis animado segunda derecha.)

ESCENA IV

NAMOUN solo. Breve pausa. Se acerca á la mesita del centro y hojea un album, mirando con curiosidad los dibujos de las postales. A poco, por la puerta mampara, entra BRAGULAT; es un tipo vulgar, pero de mirada fija y penetrante. Cada una de las anticuadas prendas de su traje es de un color distinto. Lleva cuello bajo y corbata chalina; mucho descuido en el vestir; pelo rapado con el "cero". bigote negro y recortado y gafas de cristales blancos

NAM. (Mientras hojea el album canturrea entre dientes maquinalmente.) ¡Oh... española bonita! ¡tené cara bonita!... ¡Gusta mucho vela!... (Sigue hojeando el album.) ¡Ah! (Sorprendido.) ¡Ñorita Selia! (Mirándola con gran atención.) ¡Pobe ñorita!... ¡Pobe bebé!...

- BRAG. (Entrando decidido) Don Enriquito, ¿pot pasá?
¡Con permis!
- NAM. (Volviéndose á mirar y cerrando el album de repente.)
¿Quién buca?
- BRAG. ¡Hola, morito! ¿Qué, no está el teu maestro?... ¿Vamos, que no es aquí el señor Hugarthy?...
- NAM. No. Ñor Enrique nostá. ¡Jé, jél (Rie.)
- BRAG. ¿Puedo esperarle?
- NAM. Puede.
- BRAG. ¿Tú no sabes si trigará?
- NAM. ¿Eh? (sin comprender.)
- BRAG. Hombre, digo ¿si se tardará?
- NAM. No sabe ñor. Namoun no sabe cuando viene.
- BRAG. Bueno. Entonses ma siento. Poco será ¿eh? porque el tiempo es oro, como le disen. Porta una cadira.
- NAM. No sabe cosa pide.
- BRAG. ¡Vamos! ¡Ay, San Yordi! ¿que no me hases caso? ¡Porta una silla, hombre!...
- NAM. Ora si comprende. (Namoun le acerca una silla, Bragulat toma asiento cerca de la mesa del centro, y hojea un album. Namoun permanece inmóvil mirando á Bragulat.) Tú mi sembra que tienes poco que haser ¿verdad? Estás más arregladito siempre...
- NAM. Tiene poco que hasé... Ñor Enrique e bono. e bono. No manda trabajá moro.
- BRAG. Ya. . ya... ¡El teu maestro!... Serás un dro-pu, vamos, gandúl, esto es, holgasán.
- NAM. ¿Ñor viene confesá moro?
- BRAG. No, hombre; si yo nom confeso may, figúrate si me confesaré. Es por desir algo. Si no hablo me duermo.
- NAM. Moro no pierde tiempo desí tonterías... Tiempo es oro.
- BRAG. ¡Ay, San Yordi! ¡Eso te lo he dit yo! ¡Ah! ¡El teu amo! (Levantándose al ver entrar a Enrique. Namoun va al foro y toma asiento en el arcón tranquilamente.)

ESCENA V

DICHOS. ENRIQUE por la segunda derecha con aire triste y preocupado

ENR. ¿Usted aquí? (Bragulat se adelanta al encuentro de Enrique.)

BRAG. Sinco minutos ¿sabe?

ENR. Precisamente venía pensando en usted... Tenía que verle antes de tomar ciertas determinaciones...

BRAG. Bueno, diga lo que sea; ya l'ascolto, vamos, le ascucho todo lo que me diga.

ENR. Ayer estuve en la fábrica.

BRAG. Ma lo dijeron; pero como yo paro poco en la fábrica, ¿ma comprende? Las palomitas... (Con malicia.)

ENR. ¿Tiene usted los asuntos fuera?

BRAG. Mire... entre hombres se pueden desir sier-tas cosas, vamos. Estoy arreglando una ca-sita ¿sab? (Al oído,) por una noya bufoneta, que no es de aquí, ¿sab? Es castellana pero... vamos, también es guapa, por esto... ¿comprende?

ENR. Yo fui á verle para...

BRAG. Ya mu penso... Por lo de siempre: por dine-ro, como el mes pasat y al otro y al otro... ¡Buena vida que hase, San Yordi!

ENR. ¡Tengo tantas obligaciones!...

BRAG. Pues, mire, ya verá... no pot ser. Lo sento, ma noy, lo sento. Ya ve, ustet vendió el seu estudi; porque este es de su amigo Mi-guel Reyes. Lo sé tot. Sé que ahora lo tiene ustet en prestado todo. No le puedo antisi-par ni un cuarto mes.

ENR. Señor Bragulat, el último esfuerzo en mi favor me daría tiempo para defenderme, para comprar á plazos este estudio. Ya sabe usted que Miguel lo vende.

BRAG. Le digo que no pot ser.

ENR. Cuando suplico con tal insistencia, es que

estoy con la cuerda al cuello. Si así no fuera...

BRAG. ¡Oh! ¡Ya fa temps que va con la soguita al coll! Conosco de memoria esa fábula de la soguita al coll. Siempre está con la soguita.

ENR. ¿Cree usted que le engaño?

BRAG. No, no... Lo creo. Es claro, hasen ustedes vida de crápula, una vida dulenta, ¿sab? Las mujeres... los visios... la locura... ¿No tiene ustet algún lío por ahí? Ya lo creo que lo tendrá. Vamos, no me lo niegue. Si yo también he sido goven, pero mire... Las obligaciones son antes que los visios, ¿sab? No se puede vivir en esa manera tan atolondrada. ¡Pare, hombre, pare!

ENR. Déjeme usted de discursos, que ya soy mayor de edad.

BRAG. ¡Ah! ¡Bueno, bueno, dispensi!

ENR. ¿Quiere usted anticiparme?...

BRAG. ¡Esto no; no tengo dinero!

ENR. ¿Pero no hay ningún medio?...

BRAG. Hombre... tiene uno.

ENR. ¿Cuál es? Venga.

BRAG. Déjese de haser el testarudo y asepte el contrato que le ho propuesto tantas veces.

ENR. Yo no puedo aceptar esa esclavitud.

BRAG. (Sin oírle esta negativa, saca un papel del bolsillo y lee.) «Entre los abajo firmantes, don Juan Bragulat, Bragulet y compañía, fabricantes de papeles pintados, con domisilio en la calle...»

ENR. (Interrumpiéndole.) No se canse usted. Ese contrato es una humillación, una cadena, y un artista no es un esclavo. ¿Cultivar el arte á toque de campana?... ¡¡Jamás!!

BRAG. Mire... yo le diré.

ENR. ¡Es inútil! ¿Cree usted que estoy muerto de hambre?...

BRAG. Bueno, ya me esperaré.

ENR. ¿Qué?

BRAG. Digo que ya me esperaré á que lo piense mejor.

ENR. Ya está pensado.

BRAG. ¿No quiere trabajar en la fábrica?

- ENR. ¡Nunca!
- BRAG. Míreselo bien... Las condisiones no pueden ser millores. Sueldo cresido, ¿eh?... Mil sinco sientas pesetas al mes, como dise mi sosio ó quinse sientas pesetas como se debe desir.
- ENR. ¡Una fortuna! (Irónicamente.)
- BRAG. Habitación en la misma fábrica... con el moro, si quiere, vamos.
- ENR. Hay que tomarlo á broma. Tra. . la... rá, tra... la... rán. (Cantando y volviéndole la espalda.)
- BRAG. Fuego, cosina, desayuno, tabaco... todo, ¿eh?
- ENR. Tra... la... rá, tra... la... rán.
- BRAG. Sí, sí... Ya conozco la cansionsita. Es vella, vamos, vieja. Viviendo por la gloria y por el arte, mueren de fam, de hambre, muchos artistas. Pero... tralará, tralarán... Sufren toda clase de tonterías, de contrariedades, disgustos con la familia, deudas y... tralará, tralarán... A la fin se mueren de miseria en un rincón del estudi, vasío ya, sin calor de nadie, sin cuadros, sin muebles, sin ré, y... tralará, tralará. ¡Ya le digo que conosco la cansionsita!
- ENR. Puede qué tenga usted razón.
- BRAG. ¡Uy, si la tengo! ¡Ya ú creo! ¡San Yordi! Quien dise artista, dise loco; pero vamos, lo que está ustet hasiendo es una insertidumbre.
- ENR. ¿Cómo?
- BRAG. Ó insensatés, como le diga. Ustet hase cuadros, y cuadros que no vende may... nunca. Y hoy para vivir hase falta unir el arte y la industria, créguin á mí. ¿Ma comprende?
- ENR. Sí, señor, perfectamente. Para usted no sería un crimen ponerle á la Venus de Milo un cuadrante en el estómago y hacer de la estátua un reloj despertador.
- BRAG. Hombre... ya verá. Si eso se vende, ma pafese buena idea.
- ENR. ¡¡Horror!!

ESCENA VI

DICHOS, a poco REINALDO, después PIPETTE. Es una caricatura de hombre, un verdadero tipo de «bon vivant» Derrotado y deslucido. Lleva bastón de nudos, guantes y monóculo, objetos que contrastan con el lastimoso estado de su indumentaria personal. Trata de imitar los movimientos y el porte de Reinaldo, para darse importancia. Trae debajo del brazo un cuadro de regular tamaño, pintado muy mal, al óleo, que representa «La muerte de Agripina».

- REIN. (Cantando dentro.)
¡Ah, del castello!
- ENR. ¡Mi padre!
- REIN. (Entra sonriente fumando en pipa, agitando el bastón en el aire y cantando.)
Bona sera... bona sera...
- BRAG. ¡Noy! ¡Quin tipo!
- REIN. (Volviéndose al interior de la puerta.) No entres, espera, yo te llamaré. (Vuelve al proscenio.)
¡Hola, chicuelo! ¡Buenos días!
- ENR. ¡Buenos días, papá!
- BRAG. (¡Su padre, m'an vach!) Mire, que tengo prisa, ¿sab? Cuando se desida á firmar el contrato, me avisa.
- ENR. ¡No lo espere usted!
- BRAG. Con dejar el recado en la fábrica... me lo darán en seguida, ¿comprende? Bueno. Hasta la vista. ¡Caballero! (Saludando á Reinaldo.)
- REIN. ¡Servidor!
- BRAG. (Por Reinaldo.) (¡Qué gran tipo!)
- REIN. (Por la cabeza de Bragulat.) (¡Qué gran melón!) (Mutis Bragulat.)

ESCENA VII

ENRIQUE, REINALDO, PIPETTE. NAMOUN, inmóvil, sentado en el arcón del foro, sin hacer ruido con nada, como una estatua y como es costumbre en el tipo

- ENR. ¿Vienes solo? ¿Y mamá? ¿Y Luisita?...
- REIN. No tardarán. Me han dicho que vendrían á verte. Yo me he adelantado porque vengo... con... ¡Chico, qué sorpresa! ¡Qué alegría! Fi-

gúrate, ayer mismo, cuando estábamos esperándote para comer, me asomo á la ventana, y veo junto á la verja del jardín... ¡Chápiro! ¿á que no lo adivinas?

ENR. ¡Qué sé yo!

REIN. No es posible que lo aciertes. ¡¡A Pipette!!
¡¡Pipette!!! (Gritando. Este, creyendo que le llaman, aparece en la puerta-mampara, sin adelantar hacia la escena más que dos pasos. Enrique, en este momento se halla de espaldas á Pipette.) ¿Te acuerdas tú de Pipette?

ENR. (Sin ver á Pipette.) ¡Ya lo creo! (Satisfacción en la cara de Pipette.) ¡Ha sido capaz de presentarse en casa ese pillo sin vergüenza? (Pipette, al oír estas lisonjas, se escurre bonitamente por la puerta mampara.)

REIN. ¡Chist! Calla, hombre, que está ahí fuera! Le juzgamos mal sin oírle.

ENR. ¿Te ha traído el dinero que te debe?

REIN. Me ha traído cosa mejor.

ENR. ¿Otro invento?

REIN. Justamente. ¡Chápiro! Pero el de ahora es una revolución universal.

ENR. (Irónicamente.) ¡Hola!

REIN. De eso veníamos á hablarte. . Si no te parece mal momento... (Enrique se encoge de hombros. Reinaldo aprovecha esta concesión tácita de Enrique para hacer entrar al otro.) ¡Pipette! ¡Pipette! (Aparece este de nuevo con el cuadro.)

ENR. (Avanzando tímidamente.) Buenos días, señor artista.

ENR. Servidor de usted. (Con sequedad.)

REIN. Entra, hombre. (A Enrique.) Está turbado. Le das mucho respeto. (Alto á Pipette.) Anda, Pipette, que no te come.

PIP. Tengo mucho gusto... (Exagerando la cortesía.)

ENR. (Con sequedad.) Lo mismo digo.

PIP. (¡Juraría que no!)

REIN. Trae... (Por el cuadro.) Siéntate.

PIP. Gracias, no estoy cansado.

ENR. ¿Qué es eso?

REIN. Mi último cuadro.

PIP. ¡La muerte de Agripina! (Con asombro.)

ENR. ¿Ya lo has concluído?

- REIN. Esta mañana.
PIP. ¡Oh! ¡Este cuadro es una gloria nacional!
REIN. ¡No tanto! Pero está hecho con alguna fortuna.
ENR. Sí, déjalo ahí. Luego se lo enviaré con Namoun al comisionista de Jackson.
REIN. Si quieres que nosotros mismos se lo llevemos...
ENR. ¿Para qué esa molestia?... Tengo yo que verle también. (Pipette deja el cuadro sobre un mueble próximo.)
REIN. Como quieras... Pero, con cierta urgencia... ¿comprendes? (Señalándose el bolsillo del chaleco, que enseña vacío.)
ENR. Hoy mismo.
PIP. (Aparte á Reinaldo.) Háblale del negocio.
REIN. (Aparte á Pipette.) ¡Chist! Calma. (Alto.) Tu nuevo estudio es un palacio encantado. ¿Verdad, Pipette?
PIP. ¡Una tontería! (Irónico. Como queriendo decir: ¡Una maravilla!) Se ve que el propietario es hombre rico y de buen gusto.
ENR. Sí; eso es lo que se ve.
REIN. Muchos objetos de arte...
PIP. ¡Y todos de valor!...
REIN. (A Pipette.) Tú lo sabrás bien... (A Enrique.) Te advierto que este es hombre que lo entiende.
ENR. Me alegro.
REIN. Ahora se dedica á restaurar objetos antiguos, á la compra de cuadros famosos...
PIP. (Aparte á Reinaldo.) Anda, hombre; dedícate tú al asunto.
REIN. (Aparte á Pipette.) Cállate. (Alto.) Mira tú si Pipette tiene buen golpe de vista, que ha estimado el valor de mi colección en treinta mil pesetas.
PIP. (Fijándose de pronto en Namoun que permanece inmóvil, sentado sobre el arcón del foro.) ¡Caramba!... ¡Bonita figura!... ¿Es de yeso?..
REIN. ¿Cuál?
PIP. El moro ese.
REIN. ¡Já, já, já! (Riendo.) Pero, hombre, que acabo de decir que tienes buen golpe de vista...

- NAM. (Levantándose para contestar.) ¡Moro vivo; no tiene yeso! (Se sienta.)
- PIP. ¡Qué camelo! Estaba inmóvil...
- ENR. No habla cuando no le preguntan.
- REIN. Oye, hijo mío. ¿Necesitas tú al árabe para algo en este momento?
- ENR. No, para nada.
- REIN. Pues dile que se vaya... Tenemos que hablar, y no quiero que se entere.
- ENR. Namoun, déjanos.
- NAM. Bono, ñor. (El moro hace mutis por la mampara.)
- ENR. Tú dirás de qué se trata.
- PIP. (¡Al grano!)
- REIN. Pues... se trata como te he dicho antes, de un invento de Pipette, que puede ser una revolución universal.
- PIP. ¡Oh! ¡Ya lo creo!
- REIN. Pipette tiene una fortuna en sus manos y me ofrece la mitad.
- PIP. ¡Ni un céntimo menos!
- REIN. Pero... tú lo comprenderás perfectamente, Pipette está arruinado... No tiene nada.
- PIP. Lo que se dice nada. En fin, con decirle á usted que no conozco los billetes de Banco de la última serie... está dicho todo.
- REIN. Y así no puede presentarse en los centros oficiales. En casa de éste, en el despacho del otro. Lo más importante para un restaurador de cuadros, es empezar por la restauración de su propia persona. (Riendo.)
- ENR. Hay que empezar por algo. Bien, y... ¿qué es ello?...
- REIN. Cuestión de... cuatrocientas...
- PIP. (Rápido, bajo á Reinaldo.) ¡Pon quinientas!
- REIN. De cuatrocientas á quinientas pesetas.
- ENR. Preguntaba que cuál es el invento.
- REIN. ¡Ah!.. Pues, (Marcando mucho.) ¡la navegación submarina en un automóvil acorazado!
- PIP. ¡Esa tontería nada más! (Con aire de triunfo.)
- ENR. Efectivamente que la cosa vale la pena.
- REIN. Con esa cifra hay de sobra para las primeras necesidades. Planos, papel de oficio para la memoria, etc. Y herros contado contigo, naturalmente.

- PIP. ¡Oh! Para un artista de sus vuelos, quinientas ó seiscientas pesetas, suponen poco sacrificio.
- ENR. Está usted en un error, caballero.
- REIN. ¿Cómo?
- ENR. Que no dispongo de esa cantidad.
- REIN. ¿Es que no tienes confianza en el resultado del invento? Yo lo he visto y lo he estudiado...
- ENR. Es que no tengo dinero, papá.
- PIP. Si le hace á usted falta mi firma para esa pequeñez... no tengo el menor inconveniente...
- REIN. (Riendo.) ¿Tú firma?—¡Chápiro!—Estoy yo aquí. ¡Qué firma ni qué ocho cuartos!—¡Me has hecho reír! (Ríen Reinaldo y Pipette —Enrique permanece serio y contrariado. En este momento entra Namoun cautelosamente con un envoltorio pequeño, que guardará sin que le vean en el arcón; después sale riendo y frotándose las manos con alegría.)
- ENR. Con firma y sin ella, no tengo lo que ustedes necesitan.
- REIN. Soy yo quien te lo pide, Enrique. (Solemnemente.)
- ENR. ¡Es imposible!
- REIN. (Transición.) Basta. ¡Ya lo oyes, Pipette! «No tiene dinero mi hijo», y ya ves cómo vive. «No tiene dinero», y eso lo dice rodeado de objetos de tal valor, que cualquiera de ellos, mal vendido, produciría tres ó cuatro veces la suma que necesitamos. Está bien.
- ENR. ¡Papá, por Dios!... Reflexiona...
- REIN. ¡No, no te esfuerces en demostrarnos tu mal estado, tu pobreza! A tus amantes no les faltarán vestidos de seda... palco en el Liceo... ¡Vamos, Pipette!... (Disponiéndose á salir.)
- ENR. Escúchame: ¡no sabes lo que dices!
- REIN. Puedo asegurarte que un artista de mis tiempos, de aquellos tiempos en que había más afición á la pintura y más espíritu de compañerismo, no se encontraba jamás en un caso de apuro sin que los demás se disputasen la satisfacción de sacarle del compromiso. En el caso presente, otro, que no

fueras tú, hubiera dicho sin vacilaciones: «Vienes en mala ocasión... no tengo dinero... pero llévate cualquier cosa de estas... esos bibelots... (Señalando los que nombra.) esa figura... ese péndulo Luis XV, y saca por él lo que puedas.»

PIP. ¡Oh! Tratándose de seiscientas ó setecientas pesetas... con el péndulo habría bastante.

ENR. Es que...

REIN. Eso hubiera hecho yo, y eso hubieran hecho todos los artistas de mi época. Tú opinas de distinto modo. Dispénsame, hijo mío, y perdona tú también, Pipette, el bochorno que te he hecho pasar... He sido un padre pródigo, y tengo el hijo que merezco. ¡Esto es demasiado! Pero ya que me obligas, te diré...

REIN. ¡Pretextos!... ¡Fábulas!... Es inútil que pidas á tu imaginación evasivas elocuentes. No podrás convencerme, es decir, no podrás convencernos. ¿Eh?... ¿Qué te parece, Pipette? Que con el péndulo habría bastante.

PIP. Digo que...

REIN. ¡Ah! Sí, sí. Estaba distraído.

PIP. No me dejan ustedes ni el derecho de defensa.

REIN. ¿Para qué?... Asunto concluído. Es la última petición que te hago en mi vida. Vámonos, Pipette. (Avanzando dos ó tres pasos. Enrique da muestras de contrariedad sin saber qué partido tomar.)

PIP. Cuando quieras. (Mirando el péndulo.) ¡Qué lástima!

REIN. Ni siquiera te ha servido de fianza *La muerte de Agripina*.

PIP. ¡Esa tontería!

REIN. ¿Cómo?

PIP. Quiero decir, ¡ese asombro de arte, de realidad, de color!

REIN. ¡Nada!

ENR. (Con resolución.) Espera.

REIN. ¿Qué te ocurre?

ENR. Dame un plazo breve. Un par de horas.

REIN. ¡Ah! vamos, ya. Tienes que ir á sacar fondos del Banco de Barcelona, ¿no?

- ENR. Sí, eso es. Tengo que ir al Banco. Dentro de dos horas te llevará Namoun el dinero. (Transición en los dos.)
- REIN. ¿De veras? (Muy alegre.)
- PIP. ¡Oh, señor Hugarty!... (Con una profunda reverencia.)
- REIN. El primer viaje submarino lo haremos los tres juntos.
- PIP. Con ochocientas... ó mil pesetas hay bastante.
- REIN. ¿Para el viaje?
- PIP. No; para los primeros gastos.
- ENR. Cuenten ustedes con mil.
- REIN. Gracias, hijo mío, gracias. No se me oculta (Confidencialmente.) la razón de tu negativa en un principio. Pipette es bueno. Ya lo irás tratando.
- PIP. (Con alegría.) ¡Se arregló el asunto!

ESCENA VIII

DICHOS: DOÑA ENRIQUETA y LUISA, segunda derecha

- D.^a ENR. (Abriendo un poco la mampara.) ¿Se puede?
- ENR. (Saliendo al encuentro.) ¡Mamá!... ¡Luisita!...
- D.^a ENR. ¡Ingrato, no fuiste ayer!
- REIN. Pipette, saluda y anda, vámonos, que está aquí toda la familia.
- LUISA. ¿Están ustedes en consejo?
- REIN. Sí; pero ya nos vamos.
- PIP. ¡Señoras!... (saludando muy ceremoniosamente.)
- LUISA. (¡Este solo faltaba aquí!) ¡Qué bonito está el estudio! ¡Cuánta cosa! Este es mucho mejor que el otro.
- REIN. Bueno. Ustedes tendrán que hablar.
- LUISA. ¡Adiós, papá!
- PIP. (A Reinaldo.) ¿Ha dicho que dentro de dos horas?...
- REIN. Sí. Oye, Enrique, si te parece, aguardaremos en la cervecería de Gambrinus.
- ENR. Bueno: allí irá Namoun.
- REIN. Hasta luego.

- PIP. ¡Señor Hugarty!... ¡Señora!... ¡Señorita!...
(Cambio de saludos.)
- D.^a ENR. ¡Vaya usted con Dios!
- REIN. ¡Está resuelta la navegación submarina!
- PIP. ¡La revolución universal!
- REIN. ¡Eso! La revolución...
- PIP. ¡Una tontería! (Mutis Reinaldo y Pipette, segunda derecha.)

ESCENA IX

ENRIQUE, DOÑA ENRIQUETA y LUISA

- LUISA Venimos á regañar contigo para siempre.
(Con severidad cómica.)
- ENR. ¡Hola!
- D.^a ENR. ¡Nos tienes disgustadísimas!
- ENR. Mamá, tuve tantas cosas que hacer... No me riñais.
- LUISA La novia, ¿verdad? Pues antes somos nosotras. Porque novias las puedes tener así... así... y mamá y hermanita, no.
- ENR. ¡Cariño mío!... Eran cosas muy serias.
- LUISA ¡Oh! ¡Unas cosas terribles! ¡Tienes tantas preocupaciones!... (Con ironía.)
- ENR. ¿No lo crees?
- LUISA Sí, hombre. Coger la paleta, pintar cuatro monos verdes, y cobrar muy buenos cuartitos. ¡Ya ves que cosas tan graves!
- D.^a ENR. No tienes idea de lo que sentimos que no fueras ayer, precisamente ayer.
- ENR. ¿Pues qué ocurría?
- D.^a ENR. Te hubieras encontrado con una gran sorpresa.
- ENR. ¿Sí? (Luisa hace señas á su madre temiendo que descubra la visita de Daniel.) ¡Cuenta, cuenta!
- D.^a ENR. Pues...
- LUISA (Cortando la frase á doña Enriqueta que la va á soltar.) Un postre de chanilly que yo te hice. ¡Ya ves qué sorpresa!
- D.^a ENR. (Comprendiendo.) ¡Ah! que nos encargó el silencio.)
- ENR. Reclamo mi postre para el jueves próximo.

- LUISA Sí; para que tampoco vayas.
ENR. Te lo prometo.
D.^a ENR. De algún tiempo á esta parte, andas tú muy ocupado y has enflaquecido. ¡Claro! ¡Con la vida que llevas!...
- ENR. ¿Pero qué vida llevo?
LUISA ¡Usted lo sabrá, tunante!
D.^a ENR. No, si no te riño. Todos los artistas son iguales.
- LUISA ¡Unos calaveras!
D.^a ENR. Debe darle el oficio: artista que no sale una bala perdida no tiene *chic*. ¿No se dice de este modo?
- ENR. (Riendo con cierta tristeza.) ¡*Chic!* Los artistas, mamá, llevamos una vida de trabajo, de trabajo incesante, abrumador, eterno. Pero nuestros sinsabores no trascienden al público; la lucha se queda aquí dentro, oculta, ignorada; ó porque no la ven, ó porque no la queremos contar. En la batalla de la vida, el trabajo del artista es el que tiene menos apariencias de castigo.
- LUISA ¡Mira, mira qué cosas dice mi hermanito!.. Eso lo has sacado de algún libro, ¿verdad?
ENR. Del libro de mi historia.
D.^a ENR. ¿Trabajas mucho, hijo mío?
ENR. Mucho.
LUISA Pero tus asuntos van muy bien, ¿no?
ENR. ¡Oh, sí; muy bien!
LUISA Pues si vieras, Enrique, qué sueño he tenido esta noche...
- ENR. ¿Qué ha sido?
D.^a ENR. Alguna inocentada.
LUISA No: una cosa muy triste. He soñado que tus negocios iban muy mal, muy mal, y que tú nos ocultabas todo por no darnos un disgusto.
- ENR. ¿Quién hace caso de los sueños?
LUISA Y ya tenía yo hecho mi plan de vida para salir adelante. Nos volveríamos á Barcelona, venderíamos la casita de Sarriá, yo daría lecciones de piano, mamá volvería á sus bordados y papá...
- ENR. Tonta, ¡calla, por Dios!

- LUISA Ya te digo que ha sido un sueño.
D.^a ENR. Una quimera.
ENR. Una pesadilla terrible.
LUISA Por supuesto. Mira, ya ves si la realidad es bien distinta del sueño, que mamá, como no fuisteayer, viene á darte su sablazo mensual.
ENR. (Contrariado y esforzándose por sonreír.) ¡Ah, sí, es verdad! Me olvidé de que estábamos á primeros de mes.
D.^a ENR. Figúrate qué cara pondrían mis ingleses si no les pagase.
LUISA Son muy mala gente.
D.^a ENR. Por mí no hubiera hecho viaje para eso. Vengo por tu padre. Ya le conoces; le gusta que todo se pague con puntualidad, si no se puede pagar adelantado.
ENR. Es que... si vieras mamá, cuántas facturas he tenido estos días... colores, lienzos, marcos...
D.^a ENR. ¿Nada más? (Maliciosamente.)
LUISA No le pongas colorado, mamá.
ENR. Colores, lienzos, marcos. Nada más.
LUISA Y alguna sombrilla.
ENR. ¿Para quién?
LUISA Para... Namoun.
ENR. Namoun no gasta sombrilla.
LUISA ¿No?... ¿Pues de quién es esta? (Señalando una que hay en un rincón del foro.)
ENR. (Turbado.) Es... uno de tantos objetos que hacen falta en el taller de un pintor. (Diablo de Namoun, que no la ha quitado de en medio)
LUISA ¡Ah!
D.^a ENR. No me había fijado. (¡Cuando yo digo!)
ENR. Esta misma tarde, tendrás el dinero de casa, mamá.
LUISA ¿Vas á ir tú?
ENR. No sé... Veremos.
D.^a ENR. Seguramente, no... ¡Paciencia! Las madres quisiéramos que nuestros hijos fueran siempre nuestros... En cuanto un accidente de la vida les aleja... nos parecen ingratos.
ENR. Pero no es así, madrecita. (Con mucha ternura y besándola.)

- D.^a ENR. Tú, lejos de nosotros... Si tu hermana se casa un día... (Llora.)
- LUISA ¡Qué ocurrencia!
- ENR. ¡Pero, mamá!
- D.^a ENR. No, si es natural... Me habéis mimado tanto... que no me acostumbro á la idea de separarnos.
- LUISA Vaya, no seas tonta, mamá. Enrique está con nosotros y yo no me caso. ¿No ves que no tengo con quién?
- ENR. Yo te buscaré un novio guapo, joven, bueno, valiente y rico.
- LUISA Lo pintarás tú, porque con tanta cualidad, como no sea pintado...
- ENR. ¡Ea! Se acabaron las lagrimitas. (A doña Enriqueta.) Nada hay más sagrado para mí, que vuestro cariño. Por vosotros lo sacrificaría todo. ¡Todo!
- D.^a ENR. ¡Qué bueno eres!
- LUISA Vámonos, mamá; probablemente estaremos entreteniendo á Enrique.
- ENR. No hay nada para mí antes que vosotros.
- LUISA ¡Gracias, señorito! ¿Vas luego?
- ENR. Creo que sí.
- D.^a ENR. (Besándole.) ¡Adiós, hijo mío!
- ENR. ¡Adiós! (van saliendo.)
- LUISA ¿Has visto á papá Reinaldo? ¡Ya nos le ha secuestrado Pipette!
- ENR. ¡Déjales!
- D.^a ENR. ¡Adiós, Enriquito!
- ENR. ¡Adiós, madre mía! (Mutis doña Enriqueta y Luisa. Enrique, sosteniendo abierta la mampara, las ve marchar. Las despide, por fin, con un ¡Adiós! cariñoso. Cierra la mampara y vuelve al centro de la escena, enjugándose una lágrima en silencio, sin sollozos, sin acentuar la nota. Son lágrimas de ternura, no de dolor.)

ESCENA X

ENRIQUE. NAMOUN, que habrá entrado despacio y sonriente por la mampara, se dirige al arcón al oír las palabras de Enrique; saca el envoltorio que guardó en la escena 8.^a y lo desenvuelve. Es una cartera grande y abultada

ENR. También para dentro de dos horas. Ese contrato de Bragulat... Pero, ¡no hay otro remedio!... Necesito dinero. ¡Dinero á cualquier precio y sea como sea!

NAM. (Que ha oído las últimas frases.) Tome dinero, ñor Enrique. Mucho dinero. Moro guardólo qui, para ñorito suyo. (Entregándole la cartera que Enrique rechaza.)

ENR. ¿Qué?... ¿De dónde has sacado tú esto?

NAM. Mucho dinero. ¡Jé, jé! (Ríe.)

ENR. ¿Lo has robado?... ¡Habla, Namoun!

NAM. Ñor Bagulat, dejó caé la pueta escalera. Yo encontré... Cogí cartera y callá luego morito. Contento, ríe alegre, ñor Enrique. ¡Jé, jé! (Ríe.)

ENR. ¡Eso es un robo! ¡Namoun, tú eres un ladrón!

NAM. ¡No riña, ñor! (Casi llorando.) Guardé po dar ñor Enrique. No robá pobe Namoun; quiere mucho amito.

ENR. ¿Robaste para mí? Pero iremos juntos á la cárcel. ¿Qué has hecho, miserable? ¿No sabes que robar es un delito?

NAM. ¿Robá. delito? ¿No robá, é bono? Mi paí robá todos. ¡Jé, jé! (Ríe.)

ENR. ¡Aquí somos más necios!

ESCENA XI

DICHOS, BRAGULAT, que viene echando el alma por la boca, jadeante, loco

BRAG. ¡Oh, quina desgrasia! ¡Estit desesperat! ¡San Yordi! ¡Quin desventure! ¡Estoy perdido, amigo Hugarty!

- ENR. (Tomando la cartera de manos de Namoun y entregándosela á Bragulat.) Tranquilícese usted. Aquí está la cartera.
- BRAG. (Cogiéndola violentamente, sin dar crédito al hallazgo.) ¡¡Eh!!!
- ENR. ¡Intacta!
- BRAG. ¡Oh, gracias, hombre, gracias! (Respirando fuerte.)
- ENR. Namoun la encontró en el recibimiento. Ahora mismo me lo estaba diciendo... ¿Verdad, Namoun? (Este asiente.)
- BRAG. ¡Oh! ¡Bon chicot! ¡Sí, buen muchacho! (Dándole un duro.) ¡Te, vamos, toma para servesal! (Namoun mira á Enrique interrogándole.)
- ENR. Sí, hombre, tómalo, lo mereces. Yo también sabré pagarte lo que has hecho.
- NAM. Dise grasiá. (Toma el duro.)
- BRAG. No hay de qué. ¡San Yordi, quina sort! (Besa la cartera.)
- ENR. (A Namoun.) Déjanos un momento.
- NAM. (A Enrique en voz baja.) ¿Perdona, ñorito, á pobe Namoun?
- ENR. Sí, te perdono.
- NAM. ¡Oh! Ñor Enrique, bono, bono, bono. (Vase.)

ESCENA XII

ENRIQUE y BRAGULAT

- BRAG. Es un morenito molt simpatic.
- ENR. ¡Y bueno como pocos hombres de otras razas!
- BRAG. ¡Ay! ¡Qué peso se me ha quitado d'ensima!
- ENR. ¡Lo creo!
- BRAG. Mire, tenía una tonelada de plomo nel pit, vamos, en el pecho. ¡San Yordi sea bendesido!... ¡Ya estoy más tranquilisat! ¿Eh?... ¡Vaya, adiós, Hugarty!
- ENR. Un momento. (Deteniéndole.) ¿Lleva usted ahí el contrato?
- BRAG. ¿El suyo? ¿Qué, se deside por fin?
- ENR. Sí, señor. Necesito dinero inmediatamente. Venga ese papel y firmaré.

- BRAG. (Muy contento.) Sí, hombre, sí que le conviene. Déjese de haser el escrúpulo. Estoy en un buen día. Se pone el santo de cara, como se dise. (Ha sacado el papel.) Tinga... aquí la firma... Las condisiones...
- ENR. Las sé de memoria. Sólo voy á exigirle un adelanto.
- BRAG. Diga lo que quiera, que no vamos á andar haciendo regates por eso.
- ENR. Necesito dos mil pesetas ahora mismo.
- BRAG. Sí, home... Quiere desir que habrá tomado más de un mes á cuenta.
- ENR. Lo que sea. Venga. (Va al pupitre y firma, en tanto que Bragulat saca la cartera y de ella el dinero en billetes.)
- BRAG. Parece que la palomita del pintor pide del alpiste, ¿eh? (Riendo.)
- ENR. Sí, señor; eso es.
- BRAG. Bueno, pues ahí tiene lo que nesesita. Pero, míreselo; desde mañana al trabajo, ¿eh? Vaya á la fábrica tempranito.
- ENR. Descuide usted. Ya sé cuál es mi obligación.
- BRAG. Bueno: es por esto, que se lo digo, ¿sab?
- ENR. ¿Ha venido usted en coche?
- BRAG. Sí, señor. Tengo abajo la berlina nueva.
- ENR. (Cogiendo el cuadro que trajo Pipette.) Pues llévese usted esto. (Raspa la firma del cuadro con una pequeña espátula que toma del caballete.)
- BRAG. ¿Otro cuadrito? Hombre, ya le tengo guardados una porsión en el desván de la fábrica... ¿De dónde saca estos adefesios?
- ENR. Son... de un amigo, que está fuera...
- BRAG. (Mirando el cuadro.) Diga, ¿qué representa esto?
- ENR. *La muerte de Agripina.*
- BRAG. ¿Cuál es Angravina?...
- ENR. Agripina.
- BRAG. Bien. Gripina será este mono de la espada, ¿eh?
- ENR. Lo mismo da.
- BRAG. ¡El dimoni son estos pintores! ¿También á este le ha raspado la firma? Bueno: vaya, me lo llevo. Aquí hay de por medio una dona, ¡no me diga que no! Alguna disípula

atrasada, ¿eh? ¡Oh!... ¡Qué vida de crápula!
¡Qué hombre!... ¡Adeu!... ¡Adeu!... Que vaya
tempranito, ¿eh?
ENR. ¡Sí, hombre, sí! ¡Al amanecer!... ¡Adiós!...
(Mutis Bragulat llevándose el cuadro. Enrique recoge
el dinero sin contarlo y se lo guarda.)

ESCENA XIII

ENRIQUE, solo

Ya está firmada mi esclavitud. Diez años
de contrato... Ya hay dinero para el subma-
rino... para los acreedores... ¡para todo! Aho-
ra á pintar papeles para decorar habitacio-
nes... ¡Qué vergüenza, Dios mio! (Se sienta al
lado de la mesa, de espaldas á la mampara.) ¡Padres,
no me pidais más!... ¡Os lo he dado todo!...
¡Mi amor y mi libertad! ¡Todo! (Solloza. Breve
pausa.)

ESCENA ULTIMA

ENRIQUE, NAMOUM, DANIEL y GUSTAVO, por la puerta mampa-
ra y en ese orden

NAM. (Entra y sostiene la mampara mientras pasan los de-
mas.) ¡Allí stá ñor Enrique!
DAN. (Entrando de puntillas.) ¡Calla! (Llega hasta Enri-
que y con ambas manos le tapa los ojos, colocándose
detrás.) ¿Quién soy? ¡Responde! (Enrique force-
jea por separarse de Daniel. Al verle cambia el aspec-
to de su fisonomía y se precipita en los brazos del
marino.)
ENR. ¡¡Daniel!!... ¡¡Tú!! (Abrazo prolongado y expresivo.)
DAN. ¡Aprieta, pintamonas!
ENR. ¡Aprieta, torbellino!
DAN. (Soltándose.) Te cumplí mi palabra. He veni-
do á verte. ¿Nada te había dicho tu fa-
milia?

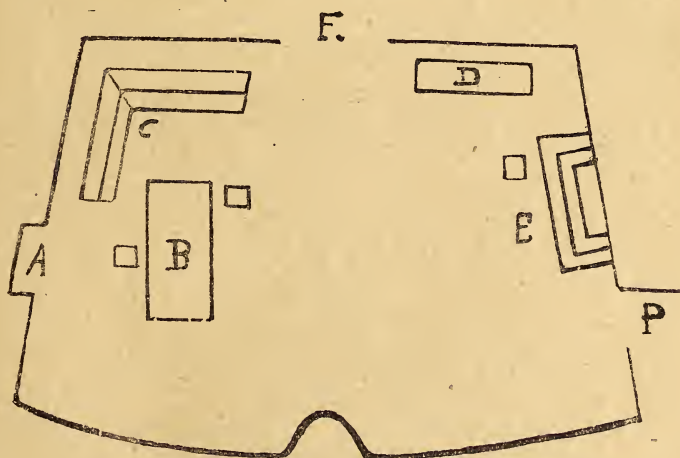
- ENR. ¡Ni palabra!
- DAN. Supliqué el secreto, para disfrutar de la sorpresa.
- ENR. ¿Has visto...?
- DAN. A todos. A papá Reinaldo, á tu madre, al angel de ojos divinos y cabello negro, que te hace un excelente chantilly. ¡Qué bonita!.. ¡Qué bonita!.. ¿Y tu madre?... ¡Santa mujer!... ¿Y el viejo pintor?... ¡Un sabio!... ¿Y tú?... ¡viviendo como un príncipe!... ¡Mimado por la fortuna!... ¡Ya me figuro la vida que haces!... Riquezas, diversiones, aventuras galantes... ¡y luego me llamas á mí el torbellino!.. ¡Te envidio este cuadro de felicidad!.. ¡Una familia adorable!... ¡Un hogar tranquilo!... ¡Qué dichoso eres!... ¡Qué dichoso!..
- ENR. ¡Oh, sí! muy dichoso!
- DAN. Pero, ¿qué es eso?... ¿Lloras?... ¿Lloras tú?
- ENR. Sí... Lloro de alegría. ¡De esta felicidad que tú envidias!...
- DAN. ¡Dame otro abrazo! ¡Voto á un vendaval!... ¡No quiero que llores! (Se abrazan.)
- GUS. (¡Pobre muchacho!... ¡Si este supiera!...)
- ENR. ¿Qué es eso, Namoun, tú también?...
- NAM. Nor Enrique llora de alegría... Namoun también llora. (Sonríe y llora. Enjugándose las lágrimas. Cuadro. Toda la escena anterior levantada y rápida. Daniel habla muy fuerte y dando muestras de la gran alegría que siente. Enrique disimula torpemente la angustia que sufre con la alegría del encuentro con Daniel: no puede contenerse y llora: el contraste de sus distintas emociones le embarga la voz. Telón lento.)



ACTO TERCERO

Interior de una sala de dibujo en la fábrica de papeles pintados de Bragulat.

Foro: Edificio de la Fábrica



A=Ventana practicable á dos metros del suelo.

B=Mesa de trabajo de Enrique, llena de botes de pinturas, lápices, reglas, pinceles, etc., etc. Varios tientos artísticos con flores artificiales.—Grandes cartones-modelos con dibujos; uno de estos representa un paisaje japonés.

D=Diván modesto pero ancho y cómodo.

C=Gradería de dos metros de alto, llena de vasos de barro de

distintos tamaños, con flores artificiales.—Son los modelos para los dibujos.

E=Otra gradería con cacharros semejantes á los de la anterior.

□ □ =Sillas volantes.

F=Puerta practicable del foro en una gran vidriera de cristales blancos y transparentes que permiten ver un patio y al fondo un cuerpo de edificio de la Fábrica.—En esta sala se advierte el desorden propio del trabajo diario.—Plena luz del día.

ESCENA PRIMERA

REINALDO, DOÑA ENRIQUETA, LUISA, BRAGULAT y NAMOUN; al levantarse el telón todos se hallan en pie, excepto Namoun que se halla sobre el diván, echado y encogido como aparece en el arcón del acto segundo.—Los anteriores acaban de entrar en esta sala por la puerta de la izquierda, aún abierta.—Bragulat, con traje pintoresco y flor grande en el ojal de la chaqueta, está enmedio.—Tiene su sombrero «Panamá» en la mano.—Reinaldo apoyándose en la mesa grande de trabajo, en actitud altiva, desdeñoso, con su gran sombrero inclinado sobre la frente haciendo girar en la mano su bastón y silbando.—Doña Enriqueta curioseá los vasos y jardineras que sirven de modelo á los dibujos.—Luisa en el patio del foro, mirando hacia el jardín y con una sombrilla roja abierta y apoyada sobre el hombro

- BRAG. ¡El pajarito no está!... Pero aquí tiene el nido. ¡Oh! No tardará molt.
- D.^a ENR. ¿Y á dónde ha podido salir, si come en la fábrica?
- BRAG. Mire, ha podido salir á fumar la pipa por el jardín. Pero ya verá cómo viene pronto.
- LUISA ¡El jardín es muy bonito!
- BRAG. (A Luisa.) Esa es la mitat; la otra mitat cae en la otra nave. ¡Oh! La fábrica es colosal; míresela bien seguido y ya verá.
- D.^a ENR. Pues no veo á Enrique.
- BRAG. Déjelo estar. Así que suene la campana, parecerá. No se amohine.
- LUISA (Entrando en escena y cerrando la sombrilla.) ¿De modo que este es su cuarto de trabajo?
- BRAG. Sí, señorita. Aquí está su mesa, sus lápises, su silla, sus obras... ¡vamos, tot!

REIN. ¿Sus obras? ¡Bonitas obras!... (Irónico.) ¡Chápiro!

D.^a ENR. (Aparte á Reinaldo y reconviniéndole por su desdén.) ¡Reinaldo!

REIN. (Alto.) ¡No me digas nada! ¡Estoy indignado!... Enrique no es un artista. ¡Es un mercachifle!... ¡Qué afán de dinero!... ¿Y la gloria?... ¿Es este el camino para lograr una primera medalla como la de su padre? ¡Chápiro!

LUISA (Cortando el discurso de su padre.) ¿Y trabaja mucho? (A Bragulat.)

BRAG. ¡Molt! No sabe lo que es estar mano sobre mano ni sinco minutos... En los quince días que lleva aquí, me ha hecho veintitantos modelos distintos. Papel para comedores, gabinetes, budoirs... bien, como se diga... ¡Vamos, de todo! ¡Oh, es un buen operario!

REIN. (Con mayor indignación.) ¿Qué le parece á usted?... ¡Operario!... ¿Se puede oír esto con calma?

D.^a ENR. ¡Por Dios, Reinaldo, cállate!

BRAG. Ayer me hizo unos países japoneses para sala de billar, verdaderamente ¡meravillosos! (Reinaldo pasea agitado de un lado á otro por el foro.) Míreselo, míreselo... Aquí hay un cartón encara, vamos, en todavía. (Bragulat enseña un dibujo japonés á las señoras. Reinaldo por detrás del grupo enarbola el bastón como para destruir el cartón á palos.)

LUISA ¡Muy bonito!... ¡Muy bonito!...

BRAG. ¡Oh!... Ya li ho dit que el noy te molt buen gusto. ¡Eso sí!

D.^a ENR. (A Reinaldo.) ¿No quieres verlo?

REIN. ¡No, señoral

D.^a ENR. Es para que nos digas qué te parece.

REIN. ¡Muy malo!... ¡Un adefesio!...

LUISA ¡Cuánto siento que no esté aquí mi hermano!

BRAG. ¡Oh! si quiere, ya lo buscarán por eso. (Dirigiéndose al diván y con aire imperioso.) ¡Chico!... ¡Morol!... ¡Apa, noy! ¡Vé á buscar al teu amo!

(El envoltorio que hay sobre el diván se deshace Perezosamente. Namoun sale por debajo del tapete que le cubría, desperezándose modestamente y frotándose

- los ojos. Aparece con el cabello erizado, lleno de polvo de oro y de lana verde. Trabaja también en la fábrica; por su aspecto se adivina que su trabajo es fuerte, demasiado rudo para su débil naturaleza, tiene el semblante demacrado y los ojos muy brillantes.)
- NAM. ¿Llama ñor?
LUISA (Acercándose á Namoun y reconociéndole.) ¡Calla! ¡Si es Namoun! .. ¡Já, já, já!... ¡Qué cosa tan curiosal... Estás desconocido. (Namoun tose.)
- NAM. Trabaja mucho. (Tose mucho.)
D.^a EN. ¿Tú también, Namoun?
NAM. ¡Ah! Bono día, ñora; bono día, ñor.
REIN. Tú también pareces un pedazo de papel pintado.
- BRAG. No ha habido medio de separarlo dél seu amo. Me agrada esto. ¡San Yordi! Es agradesit.
- NAM. No; separame ñor Enrique, no; mori moro á su lado.
LUISA (¡Es muy buenol ¡Pobrecillo!)
BRAG. Yo lo tengo para las tintas de los colores... Vamos, en la química... ¿Comprende?
REIN. Sí; envenenándose. Para eso no vale la pena de nacer en Argel. (Namoun tose con tos débil.)
BRAG. Pero en quanto tiene un momento de llibertat, ya está aquí, junto al seu hijo. (Vuelve á toser Namoun.)
- LUISA ¿Toses, Namoun?
NAM. Sí; las tintas hace daño.
REIN. ¡Claro!... Ese polvillo de los colores es muy bonito en los papeles... Pero en los pulmones... ya veis el efecto que hace.
- NAM. Tose mucho día. (Tose.)
BRAG. ¡No te mueres, hombre!
NAM. Morí todos; Namoun mori también.
LUISA Entonces... ¿Enrique también aspira eso que es tan perjudicial?
BRAG. ¡Oh! no s'embolique, señorita. Aquí no hay nada perjudisial. Allá abajo, ya es otra cosa; porque tenemos el talco, el depósito de colores, los barnises, el gas de carbono, esétera. Vaya, vaya, morito, vé á buscar al teu amo. Dile que está aquí la seua familia. (Namoun hace medio mutis.)

- LUISA (Deteniendo á Namoun.) Oye, Namoun, si quieres volver á tu país hoy mismo... yo se lo diré á tu amo.
- NAM. ¡Oh, no! Namoun está bien en España. No se parará de ñor Enrique. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Stá contento!... ¡Tosé mucho, pero está contento!
- (Mutis puerta del foro.)
- LUISA ¡Pobrecillo! ¡Cuánto quiere á mi hermano! ¡Me da pena!

ESCENA II

DICHOS, menos NAMOUN

- BRAG. No le tenga usted pena por esto. La industria tiene también su campo de batalla, pero, esta industria, no es de las mortíferas, que se dise, para la salud. Esta fábrica es grande, sana y molt ventilada. Talleres expandidos; vamos, no hay cuidado. Aquí todo es superior, ya li ho dit. ¿Quieren ustedes visitarla? Yo mismo les haré la compañía de siserone.
- REIN. A mí no me interesa. (A doña Enriqueta.)
- D.^a ENR. Con mucho gusto, pero... mi esposo está algo delicado.
- LUISA Yo la vería de buena gana.
- BRAG. Ahora no hay ruido de máquinas. Todas están paradas hasta la hora del trabajo. Ya les gustará, ya ¡Oh! la galería de máquinas ofrese un gran golpe de vista.
- REIN. No me produciría la menor sensación.
- BRAG. ¿Dise que no?
- REIN. Nada. A mí todo lo que sea fábrica, arte mecánico, no me va...
- LUISA (Aparte á doña Enriqueta.) ¡Mamá, es un desaire á este señor!
- D.^a ENR. (Aparte á Luisa.) ¡Tu padre es así!
- REIN. Con ver desde la calle las altas chimeneas de ladrillo rojo, me basta. Me figuro todo lo que hay dentro.
- BRAG. Mire, sin embargo, la maquinaria... ¡Oh!...
- REIN. Todo lo que usted me diga es inútil. Eso de

- la maquinaria es rígido, monótono, anti-
pático.
- BRAG. ¡Ah! Su hijo no lo piensa del mateix modo,
vamos, de la misma manera.
- REIN. ¡Mi hijo no es un artista!
- LUISA (¿Qué dice?) (Aparte á doña Enriqueta.)
- D.^a ENR. (¡Callate, niña!)
- REIN. No es un artista. Después del paso que aca-
ba de dar... ya no puedo dudarle.
- D.^a ENR. ¡Reinaldo!... (Con reconvención.)
- REIN. Es preciso que este caballero sepa que no
todos los Hugarty son iguales. Mi hijo es
un apóstata, un renegado. El arte es una
religión.
- BRAG. Ah, bueno... pero mire, hombre, en los tiem-
pos que vivimos, hay que armonisar la reli-
gión con el cosido, ¿sab?
- REIN. ¿Y la lucha por la vida? Los artistas de co-
razón, somos luchadores. Sin lucha no hay
arte. Pero estos pintorzuelos del día no tie-
nen más que una idea fija. (Exaltándose poco
á poco hasta el final del parlamento) ¡El dinero!
¡Venga dinero, sea como sea! ¿Y la concien-
cia? ¿Y la dignidad profesional? ¿Los biombos
japoneses se pagan bien? Pues á pintar
biombos y papeles para los basares si es
necesario, con tal de tener dinero. ¡Ah, ju-
ventud mercantilizada!
- D.^a ENR. ¡Reinaldo!...
- LUISA ¡Papá, no te incomodes!
- BRAG. No podemos discutir sobre este punto, por-
que yo y usted, vamos por caminos antípo-
das, como se dise.
- REIN. Sí, señor; tiene usted razón. Estoy muy dis-
tante de usted y de mi hijo.
- D.^a ENR. ¿A qué atormentarse de ese modo? Lo he-
cho, hecho está. Enrique ha firmado un
contrato con este señor... El sabrá lo que le
conviene.
- BRAG. Señora, él lo ha firmat espontáneamente.
Por otra parte, el seu fill está molt conforme
y ni siquiera se acuerda del estudi que
tenía.
- REIN. ¡Naturalmente!

- BRAG. Puede que eche de menos, ¿sab? los líos, los camaradas. Pero tampoco los ve. Uno de ellos, molt moreno, con tipo de marino y que fuma un tabaco que el morito dise que es turco, pero que yo digo que es una porquería, ha venido tres veces á verlo y Enrique no ha querido resibirle.
- LUISA ¡Daniel!
- D.^a ENR. ¿Es posible?
- LUISA Ya lo oyes; tipo de marino.
- D.^a ENR. ¿Quién le ha dicho á Daniel que Enrique está aquí?
- REIN. Yo mismo.
- LUISA Pues has hecho muy mal. Enrique nos había recomendado el secreto más absoluto para todos, y sobre todo para Daniel.
- REIN. ¿Le da vergüenza?... ¿Por qué ha venido?... Además, Daniel no es tan cándido que creyese lo del viaje á Madrid. Si está en Madrid, ¿como no escribe?
- LUISA Enrique se enfadará.
- REIN. Yo también lo estoy, ¡chápiro!
- D.^a ENR. No creo que hay razón.
- REIN. ¿No?... Tú miras las cosas con otro cristal. Yo he trabajado cuarenta años, he gastado la fortuna que me dejaron mis padres, he perdido la salud, todo, por dejar á mi hijo un apellido ilustre y una paleta honrada. ¿De qué han servido mis sacrificios?... ¡Ah! ¡Los hijos, los hijos!
- BRAG. ¡Qué! ¿Usted también hase de pintor?
- REIN. Sí, señor; yo también soy pintor de historia: pero lo que se dice pintor.
- BRAG. Su hijo no me ha dicho nada.
- REIN. Lo creo, ¡chápiro! lo creo. Pero yo soy el verdadero Hugarty. ¡Hugarty el viejo! ¡El indiscutible! ¿Quién se figuraba usted que era yo?
- BRAG. Hugarty el viejo, hombre. ¿No lo dise vosté?
- REIN. La generación presente hace alardes de no conocerme. Tanto peor para ella, que tiene uno menos de quien aprender. ¡Ah! Por fortuna, y quizás para vengar el desdén de mis compatriotas, poseo la admiración y las sim-

patías de un gran pueblo. Pregunte usted, amigo mío, pregunte usted en Norte América, y sabrá quién es Hugarty el viejo: el autor de *Las bacantes*, *El centauro enfermo*, *La muerte de Agripina...*

BRAG. ¡Ay! ¡San Yordil! Creo recordar...

REIN. ¿Sí? (Con emoción.)

BRAG. Ya lo creo, hombre, ya lo creo. (Dando á entender que conoce el secreto de los cuadritos.)

REIN. ¿Habrá usted visto esos cuadros en New-York, seguramente?

BRAG. Eso es... sí, en Nueva Yor.

REIN. ¿En casa de Jackson?

BRAG. ¿Jackson? Precisamente. (Contentendo la risa.)

REIN. (A las señoras.) ¿Lo estáis oyendo? Todo el mundo conoce á Jackson, menos Daniel. ¡Ese marinero no conoce á nadie!... ¡Es natural! (A Bragulat, con afabilidad.) Dígame usted... ¿Debo tener una fama por aquellos países?...

BRAG. ¡¡Oh!!

REIN. Si viera usted qué hermoso es saber que le comprenden á uno, que le admiran... A usted, que es hombre entendido en arte, le gustarían mucho mis cuadros.

BRAG. ¡Una barbaridad!

REIN. La mejor prueba es que recuerda los asuntos.

BRAG. Mire, el último que ví, fué ese que dise *La muerte de en Gravina*.

REIN. Agripina. (Rectificando.)

BRAG. ¿Qué más tiene, hombre? Gravina... Gri-pi-na... Estrinina... suena igual.

REIN. No tan igual. Pero en fin...

BRAG. Mire, que no es haserle adulación... El que ve alguna vez uno de esos cuadros... no se le olvida mai, nunca. ¡San Yordil!

REIN. Muchas gracias, señor Bragulat. (Dándole la mano.) No parece usted industrial. Apriete usted esa mano y firmemos las paces. Mi hijo no podía estar mejor que aquí en ninguna parte. Ahora ya sé quién es usted, ya le conozco.

BRAG. Yo también sé quién es usted.

- REIN. Vamos á ver la fábrica.
BRAG. Vamos. (Va á la puerta izquierda, cierra y echa la llave.)
LUISA ¿Y si viene Enrique?
BRAG. ¡Oh! ya volveremos á buscarle. Más fácil es que nos lo miremos por el jardín.
D.^a ENRI. Pues vamos á ver la fábrica.
REIN. Estoy contento, ¡chápiro! (Canta.) Dígame usted, señor Bragulat, ¿y ese Jackson de New-York tendrá unos grandes almacenes?
BRAG. Sí nesesita que sean grandes. (Mutis por la puerta del foro, á la derecha. Reinaldo lleva del brazo á Bragulat. Detrás doña Enriqueta y Luisa. Pausa.)

ESCENA III

DANIEL, por la ventana de la derecha, abriendo la vidriera poco á poco y subiendo despacio, como escalando el muro interior. A poco NAUMOUN por el foro

- DAN. Ya se han ido. Esta es la mía. (Salta por la ventana y entra en escena.) Cuando un hombre como Enrique se encierra con ánimo de suicidarse poco á poco, todos los medios son buenos para llegar hasta él y evitar la catástrofe. ¿No me franquean la puerta? Pues por la ventana... Orientémonos. Este debe de ser su cuarto de trabajo. Aquí veo la pipa. La que yo le envié de Marsella. (Tomándola de la mesa.) Menos mal, aquí dejan fumar. (Saca otra del bolsillo, toma asiento á horcajadas sobre una silla y enciende el tabaco. Entre tanto llega Namoun por el foro y entra mirando con curiosidad á Daniel.)
NAM. ¿Po donde entró ñor Danié?
DAN. ¡Hola, fogonero! Por la ventana... ¿Y tu amo?
NAM. Viene ponto. ¡Oh, ñor Enrique! ¡Pondá contento ver ñor Danié!
DAN. Pero, ¿está en la fábrica?
NAM. Stá. Salió fumá po jardín. Sitio que trabajamo fuma poco.

DAN. Esto no es el estudio. Anda y dale una voz. Dile que hay aquí una visita de cumplido. (Namoun va á salir por el foro y ve llegar á Enrique por la izquierda.)

ESCENA IV

DICHOS, ENRIQUE por el foro

NAM. Aquí stá ñor Enrique.
ENR. ¿Dónde está mi familia?
NAM. Viendo fábrica, ñor. (Entra Enrique mirando á Daniel, que se halla sentado de espaldas al foro, fumando tranquilamente.)
ENR. (Con gran sorpresa.) ¡¡Daniel!! ¿Tú?
DAN. ¿No me esperabas?
ENR. (Turbado.) Te hice saber...
DAN. Sí, lo del viaje á Madrid. Pues... á eso vengo. (Namoun toma asiento perezosamente en el diván, y al poco rato se echa, sin dormirse.) A que me digas qué hay por la corte... Si te has divertido... Por qué te fuiste sin avisar... En fin, tengo derecho...
ENR. (Con gran turbación) ¡Perdóname, Daniel! No tuve valor para confesarte la verdad.
DAN. ¿Y preferiste engañarme?
ENR. Preferí... esconderme. No quise que tú también fueses testigo de esta... humillación.
DAN. ¿Humillación, trabajar en una fábrica?
ENR. He dicho poco: ¡me parece una deshonra!
DAN. Pero oye... (Levantándose.) ¿Es esto una fábrica de moneda falsa?
ENR. Para mí peor que si lo fuera. Amo el arte, no entiendo la industria, y aquí trabajo... ¡á toque de campana!
DAN. ¡Bah, bah, bah! ¡Eres un chiquillo! Con esas teorías ya no me extraña tu inocente engaño, y me explico que te hayas negado á recibirme cuatro veces. Pero, ya lo ves, no pude entrar por esa puerta, que era el camino derecho, y entré por la ventana, que conducía al mismo sitio.

- ENR. ¡Te pido perdón otra vez!
- DAN. De eso ya hablaremos.
- ENR. ¿A qué vienes, Daniel?
- DAN. Vengo... á redimirte, vengo por tí.
- ENR. ¿Qué dices? (Namoun incorporándose, se frota las manos alegremente.)
- DAN. ¿Más claro?... Que vengo á sacarte de aquí: á que les des cuatro patadas á estos cacharros, á que salgas de las garras de ese bárbaro, ¿lo entiendes ahora? Pues á eso vengo.
- ENR. ¡Imposible!
- DAN. ¡Hola! (Barlonaamente.)
- ENR. Existe un contrato...
- DAN. Un contrato no es un grillete. Si no se puede rescindir... se quema.
- ENR. Daniel, no sabes lo que dices. Habría necesidad de una fuerte indemnización.
- DAN. ¿Has renunciado á la pintura?
- ENR. Sí.
- DAN. Y... ¿á quién le has pedido tú permiso para hacer esa barbaridad? ¿Eh? ¿Quién te ha empujado á ese crimen? ¡Habla!
- ENR. Mira, Daniel, yo te agradezco mucho tu interés, tu cariñoso deseo...
- DAN. No me pronuncies un discurso lleno de frases sonoras y de recursos retóricos... Sería inútil. Tú no eres dueño de tu persona. Hablemos con claridad. Aquí se trata de dos caballeros unidos por lazos indestructibles. Uno completamente *chiflado*, que eres tú, y otro señor, marino y pescador de cosas raras, que soy yo. Yo, creyendo que hacía un gran servicio al arte, fuí al Adriático y pesqué un pintor, ¡un pintor! que yo no hubiera expuesto la piel por un *papelista*. ¿Te ríes? Bueno, me es igual; pero tú vuelves al estudio á pintar cosas sobre lienzo ó yo te cojo por un brazo, te llevo al Adriático, y allí, cerca de Venecia, donde te encontré te dejo.
- ENR. (Con tristeza.) Probablemente... hubieras hecho mejor no salvándome.
- DAN. No hay nada perdido. Volverás al agua de cabeza.

- ENR. ¡Ah! Debe de sentirse uno tan á gusto sobre un lecho de arena... en el fondo del mar.
- DAN. Pero, hombre... ¡Qué manía tiene esta criatura de darle á las cosas, tonos trágicos y fúnebres!... ¿Qué tienes?... ¿Qué te pasa?... ¿Me ocultas alguna pena?... ¿Sufres?...
- ENR. (Esforzándose por sonreír.) ¿Sufrir? No tengo por qué. Al contrario. Estoy muy contento, tengo una ocupación provechosa... Gano mucho dinero.
- DAN. ¿Es cuestión de dinero? ¿Estás aquí porque ganas mucho?
- ENR. Nada más.
- DAN. Y, ¿por qué te ha entrado, de repente, ese afán de ganar mucho dinero? ¿No ganabas más de lo necesario para tí sólo? ¿O es que ahora necesitas más? Los vicios, ¿eh?... ¿Juegas?... ¿Estás enamorado de alguna princesa?... ¿Acaso... algún Hugarty pequeñito?
- ENR. No te mortifiques la imaginación. Los artistas... viven siempre amenazados del pavoroso mañana.. Y cuando se encuentra una base sólida... un medio seguro...
- DAN. Evasivas. No quieres confesarme la verdad. Aquí hay algún misterio. Celia, tiene razón.
- ENR. (sobresaltado.) ¿Quién has dicho?
- DAN. Celia, tu bebé. «El pobre bebé» como tú la llamas.
- ENR. ¿Celia? ¿La conoces?... ¿La has visto?... ¿Qué hace?... ¿Qué te ha dicho?... ¿Cómo sabes?...
- DAN. Yo lo sé todo.
- ENR. ¡Ah! Gustavo fué quien te dijo...
- DAN. No. Gustavo nada me ha dicho... pero me puso en la pista. ¿Qué tiene de extraño que ames á una mujer?
- ENR. Nada.
- DAN. La conocí por una verdadera casualidad. Nos encontramos juntos preguntando por tí en la puerta de la fábrica.
- ENR. ¿Sí?
- DAN. Tampoco quisiste recibirla, y mutuamente, nos aconsejamos la resignación.
- ENR. ¿Te habló de mí? (Con mucho interés.)
- DAN. Cerca de tres horas. Y si no hubiera tenido

asunto, lo hubiera inventado. Porque cuando las mujeres encuentran ocasión de charlar... no la pierden nunca

ENR. ¿Y qué te dijo? (Impaciente.)

DAN. Muchas cosas. Me contó vuestra última entrevista. La separación. Tampoco creyó lo del viaje repentino... Asegura que en el fondo de tu proceder, hay algo heroico, algo muy noble.

ENR. (Emocionado.) Me juzga bien.

DAN. Pues eso me dijo la pobrecita, con aquellos ojos color de cielo, llenos de lagrimitas. (Enrique se enjuga una lágrima.) Y ahora ya no dudo, estoy segurísimo de que así es, de que hay algo

ENR. Sí, Daniel, amo á Celia con toda mi alma, adoro mi arte con entusiasmo ciego... ¡pero debo renunciar á los dos! (Namoun permanece inmóvil, escuchando, sin pestañear, la conversación. De cuando en cuando, tose.)

DAN. ¡No lo entiendo!

ENR. Hay obligaciones sagradas... ¡He necesitado un gran esfuerzo de la voluntad!

DAN. ¿Qué es ello? ¿Acabarás?

ENR. No me lo preguntes... Si hay algo meritorio en mi conducta, que no lo sé, es... ¡el silencio!

DAN. ¿Secreto de esfinge?

ENR. ¡Impenetrable!

DAN. Está bien. (Con tristeza.) ¡Yo hubiera dado por tu secreto... el mío!

ENR. ¿También tú tienes un gran secreto?

DAN. ¡Sí! Nadie más que tú tenía derecho á él...

¿Me escondes los tuyos? ¡Estamos en paz! Y ya, en este caso, mi querido Enrique, sólo me resta añadir, que tu amigo Daniel Rivera, el torbellino, mañana mismo volverá á embarcarse... á seguir dando tumbos por esos mares. ¡Es su destino! (Emocionado.)

ENR. ¿Te vas?

DAN. Para no volver.

ENR. Daniel, ¿me prometes que te vas para siempre? Pues escucha, pero no olvides que obligándome á revelarte un secreto, me conde-

nas á no volverte á ver. (Toma á Daniel por una mano y lo lleva á la derecha del proscenio. Namoun se incorpora para oír mejor sin separarse del diván.) Me preguntabas hace un momento si tenía yo algún pequeño Hugarty. (Daniel afirma.) Pues bien, sí. Tengo *tres niños pequeños* de quienes cuidar.

DAN.

¿Tres? (Asombrado.)

ENR.

Tú los conoces; mi padre, mi madre y mi hermana.

DAN.

(Con gran sorpresa.) ¿Cómo?

ENR.

Eso es todo.

DAN.

Yo me figuré... ¿No me dijiste que tus padres tenían?...

ENR.

(Sonriendo.) ¿Sus pequeñas rentas?... Sí; las que yo les hago. No hay otras.

DAN.

¡Todo me lo explico!

ENR.

(Bajando un poco la voz.) Hace tres años, cuando volví de Italia, encontré mi casa completamente arruinada. Mi padre, con su manía de proteger á la gente, y su afán por las cosas antiguas, había consumido los restos de su fortuna. Mi hermana, delicada, dando lecciones de piano. Mi madre, bordando día y noche por una mezquina retribución. ¡Un desastre!... ¡Figúrate!

DAN.

¡Sí! ¡Bonito cuadro!

ENR.

Yo volvía de mi hermoso viaje con la paleta llena de colores alegres y la imaginación plétórica de esperanzas risueñas...

DAN.

¡Las esperanzas de los veinte años! Adelante.

ENR.

¡Abominé del arte!

DAN.

¡Calla, sacrilego!

ENR.

¡Era empeño superior á mis fuerzas, defenderles de la miseria!... pero empecé á luchar por ellos con más fe en mi voluntad que en mis méritos. Trabajé sin descanso, y mis lienzos tuvieron un sitio de preferencia en el mercado. Mi padre satisfacía sus caprichos. . Mi hermana dejó las lecciones... Mi madre ya no bordaba. ¡Pobrecillos! ¡Bastante habían sufrido en otros tiempos! Ellos, allí, en el campo, disfrutaban hoy una vida desahogada, tranquila. Gastan, no se privan de nada,

porque me suponen en la abundancia... porque todo lo ignoran. Los días en que voy á verles, me reciben como á un príncipe; no regatean el menor detalle por costoso que sea. Si en alguna ocasión trato de hacerles comprender que el recibimiento es exagerado, dice mi padre: «¡Para un día á la semana que vienes, hay que obsequiarte con arreglo á nuestra posición!» Y yo disimulo, me siento á la mesa, como de todo, sonrío y afecto una alegría tan falsa como mi fortuna. Solo así puedo escapar á las sospechas de mi pobre madre, que, tan pronto como adivina en mi semblante un asomo de tristeza, me llama aparte y me riñe cariñosamente por la vida de galanteos y disipación que me supone... En fuerza de privaciones y sacrificios, les he fingido un bienestar sin base... Santo, pero doloroso engaño que es preciso sostener, antes que caer vencido confesando la derrota. Vendo mi nombre, mi libertad y ¡trabajo á toqué de campana!

DAN. ¡Desdichado, sí, desdichado! (Muy emocionado.)

NAM. ¡Pobe ñor Enrique!

ENR. (Muy emocionado.) ¡Qué quieres! Luché y esperaba siempre .. siempre. . Ha llegado un instante en que á pesar de todos mis esfuerzos, he sentido llegar hasta ellos el fantasma de la miseria... ¡Oh! ¡No es posible! ¡Mientras yo viva, esto no puede suceder!... ¡Y por eso, para que no suceda, estoy aquí! ¡Ya lo sabes todo, Daniel!

DAN. ¡Pobre amigo mio! (Con profunda pena. Namoun llora y se enjuga las lágrimas en silencio.) Pero dime, tu padre no hubiera podido ayudarte, él, que vende sus cuadros tan ventajosamente...

ENR. ¿Has podido creer semejante fábula?

DAN. ¿De modo que esa historia del Jackson norteamericano?...

ENR. ¡No seas cándido! Pura invención mía para no maltratar sus inocentes arrogancias.

DAN. ¿Y entonces... esos cuadros maravillosos?

ENR. Arriba, en un desván. Necesitaba dinero

para sus porcelanas antiguas y yo encontré con esa fábula la manera de satisfacer su vanidad... y sus caprichos.

DAN. ¡Sin embargo, qué cara te cuesta la felicidad que les proporcionas! Tu arte, tus amores, tu libertad.. ¡todo se lo has sacrificado!

ENR. Todo, y no me quejo. Por grande que sea mi sacrificio, me queda siempre la dicha de pensar: «Ha sido para ellos...» Esta reflexión es un gran consuelo.

DAN. Es verdad. (Breve pausa.) Tu desdicha trae á mi memoria un extraño recuerdo...

ENR. Creo adivinarlo...

DAN. ¿Recuerdas aquel cuadro que vimos en Venecia en el convento de los armenios?

ENR. Como si lo tuviera delante. *La Sagrada leyenda*. Isaac se halla en el centro, en pie, apoyado sobre el ara del sacrificio... Es un muchacho fuerte, robusto, de dieciseis años. Su cuello desnudo; sus pies y sus manos están libres de trabas... Podría defenderse; pero no. Su sacrificio es voluntario, aguarda la muerte y la sonríe. A la izquierda Abraham, un viejo apacible, dulce, con la cabeza de un arcángel.. está afilando el cuchillo que ha de servirle luego... Al fondo un agreste paisaje, lleno de luz, de silenciosa calma, y á la entrada de una viña, un corderito que pace tranquilamente. El viejo, por divino mandato, va á dar muerte á su hijo. El hijo se dispone á morir generosamente y hay tal dulzura en su sonrisa de victima, tan inefable mirada en sus ojos, que parece decir: «Padre mío, toma mi vida; tuya es, puesto que tú me la has dado.»

DAN. (Rápido para no cortar el final del parlamento.) Así es.

ENR. ¿Ves, Daniel, cómo adiviné tu pensamiento? Yo soy el hijo de la sagrada leyenda, però aquí.. no hay corderito que me sustituya. ¡Dios no detiene el cuchillo por esta vez!

DAN. ¡Quién sabe! La esperanza es lo último que se pierde. (En este momento la cámara de la fá-

brica suena lejos repetidas veces llamando al trabajo á los operarios. Al oír los primeros toques, Namoun sale por la puerta del foro enjugándose las lágrimas y moviendo la cabeza como para demostrar su contradicción por lo que acaba de saber. Daniel, al sentir pasos, pregunta sorprendido:)

DAN.

¿Quién es?

ENR.

Es Namoun que va al trabajo, lo mismo que yo.

DAN.

¿Qué vas á hacer?

ENR.

Trabajar como los demás obreros. (Dirigiéndose á la mesa.) Aquí dentro todos somos iguales. Mi tiempo no me pertenece. Adiós, Daniel, y... ¡déjame! Tú no tienes padres... Hay cosas que no puedes comprender.

DAN.

Comprendo que debe ser un sentimiento sagrado el que inspira tan grandes sacrificios.

ENR.

El más sincero.

DAN.

No lo es tanto el que se profesa á los amigos.

ENR.

¿Qué quieres decir?

DAN.

Quiero decir que al afecto que me tienes le falta la lealtad. Sí, no te disculpes. Te has portado muy mal conmigo... Sabes que soy rico... que estoy sólo en el mundo...

ENR.

No sigas, Daniel. Para no oír lo que vas á decirme, te he hecho prometer que el torbellino continuaría su carrera. Me has prometido que te irás.

DAN.

Enrique... ¿orgullo entre nosotros?

ENR.

Sí, orgullo. Lo tengo por ellos. ¿Qué valdría mi sacrificio si alguien me ayudara en la lucha?

DAN.

¿No soy yo de tu familia? ¿No me llamas hermano tuyo?

ENR.

Eres mi hermano, pero no eres hijo de mis padres.

DAN.

¡Voto á un vendaval! ¡Si no deseo otra cosa! (Reventando por declarar su secreto.)

ENR.

¿Cómo puede ser eso?

DAN.

Casándome con tu hermana. ¡Ea! ¡Ya la solté!

ENR.

¿Con Luisa? (Muy sorprendido.)

- DAN. Sí, sí, con Luisa, con ese ángel del cielo. Ya ves qué modo tan sencillo de repartir contigo la carga de la familia.
- ENR. ¿Sabes lo que estás diciendo?
- DAN. Perfectamente. Que amo á Luisa con el único amor de mi vida, y desde hace mucho tiempo, desde que ví su retrato, desde que supe quién era... ¡Este era mi secreto, el gran secreto de que te hablaba hace poco!... (Respirando fuerte, como quien se quita un peso de encima.)
- ENR. ¿De modo que el *torbellino*?...
- DAN. Sí, quiere convertirse en un *céfiro blando* y acariciar las flores del jardín de la familia. Reniego de mi papel de judío errante. Reniego del mar y de sus encantos.. Ahora me gusta más... el chantilly.
- ENR. (sonriendo.) Bien, ¿pero qué dice á todo eso la del chantilly? ¿Te ama?
- DAN. ¿Luisa?... ¡Ah! pues verás: yo la quiero tanto, que no se me ha ocurrido nunca pensar en ello.
- ENR. ¿No me negarás que eso es lo más importante?...
- DAN. Sí, pero el caso es que me da miedo averiguarlo. Un marinerote como yo... ya ves, pocos atractivos puede ofrecer á una niña angelical como Luisa. Sin embargo, si tú quisieras hablarla... Con tu influencia y tus consejos...
- ENR. ¡Dios me libre de torcer sus inclinaciones! ¿Y si resulta que Luisa tiene también su secretito amoroso? Mis palabras podrían tal vez destruir un ensueño que seguramente sacrificaría por un deber mal entendido.
- DAN. ¡A ese precio, nunca!
- ENR. Yo estoy resignado á ser Isaac, pero no quiero que Luisa sea el corderito que me sustituya.
- DAN. ¿Quiere decirse que te niegas?
- ENR. No. Hablaré de tí con mi hermana, pero le hablaré con la misma frialdad que si se tratara de otro cualquiera. En la menor vacilación...

- DAN. Conformes.
ENR. Ahora mismo voy á su encuentro.
DAN. Aquí te aguardo. (Enrique va á salir decidido por la puerta del foro, ve á Luisa y á doña Enriqueta que vienen por la izquierda del foro y retrocede.)
ENR. Daniel, ahí viene Luisa con mi madre.
DAN. ¿Dónde me meto? (Sobresaltado y buscando un sitio apropiado para esconderse.)
ENR. No te ocultes, ya habrá tiempo después.
DAN. ¡Ten lástima de mi impaciencia!
ENR. Como quieras.
DAN. Aquí detrás. Este no es mal escondite. (se oculta rápidamente detrás de la gradería del ángulo derecho del foro, de modo que no le vea ni el público. Enrique sale al encuentro de las señoras que llegan por la izquierda.)

ESCENA V

DANIEL, escondido. ENRIQUE, DOÑA ENRIQUETA y LUISA
por el foro

- ENR. Cuando vine á buscaros ya habíais salido con el señor Bragulat á ver la fábrica.
D.^a ENR. ¡Buenas tardes, hijo mío! (Doña Enriqueta y Enrique se abrazan en la puerta del foro.)
LUISA (Entrando.) ¡Hola, señorito! ¿No tenías prisa por vernos?
ENR. En este momento iba á buscaros. ¿Y papá?
LUISA Estaba con nosotras viendo las máquinas de satinar; pero llegó Namoun y se lo llevó á ver el «cuarto de motores».
D.^a ENR. ¡La fábrica es muy hermosa!
LUISA Y el señor Bragulat es un hombre muy fino. Te quiere mucho. Dice que le haces unos dibujos «meravillosos». ¡Já, já! (Riendo.)
ENR. Es su modo de hablar.
LUISA Te lo hemos revuelto todo.
D.^a ENR. Tú sola, porque yo no he tocado nada.
ENR. Aquí hay poco que ver.
LUISA Más bonito era el estudio. ¡Qué lástima! Hace días que no nos vemos. ¿Tendrás muchas cosas que contarnos?

- ENR. Muchas, no... pero tengo una que puede interesarte mucho.
- LUISA ¿A mi?... ¡Ya me muero de curiosidad!... ¡Habla, Enrique! ¡Pronto! ¡Pronto!
- ENR. Calma, señorita.
- D.^a ENR. Vamos á ver qué es ello.
- ENR. Se trata exclusivamente de una niña que hace deliciosos postres de chantilly.
- LUISA Entonces se trata de mí. Bueno, ¿y qué más?
- ENR. Y de un caballero que quiere casarse con la del chantilly.
- LUISA ¡Hola!... Eso empieza á interesarme.
- D.^a ENR. Es una broma de Enrique.
- LUISA ¿Sí? (Con tristeza oómica.)
- ENR. No es broma... Serio y muy en serio.
- LUISA Bueno, bueno; sigue. (Contenta.) Dime, ¿quién es ese desdichado que se acuerda de esta infeliz?
- ENR. ¿No lo sospechas?
- LUISA Te doy mi palabra; no sé quién es. ¿No será Pipette ó algún mamarracho por el estilo?
- D.^a ENR. ¡No digas locuras! Pipette se fué á Madrid con las mil pesetas de tu padre, á sacar una patente de invención... y no ha vuelto ni ha escrito.
- ENR. ¿Otra pillada? (Incomodado.)
- D.^a ENR. Vamos, no es que ha huído... Esos negocios que traen entre manos...
- LUISA No nos importa. Vamos á lo nuestro. Quedamos en que el novio no es un adefesio.
- ENR. No.
- LUISA ¿Joven?
- ENR. En la segunda juventud.
- LUISA ¿Guapo?
- ENR. Simpático.
- LUISA Tiene dos votos en su favor. ¿Qué es?
- ENR. Marino.
- LUISA ¡Daniel Rivera! (Con un grito de júbilo.) ¡Oh! ¡Qué dicha!... ¡mamá!... ¡Es Daniel!... ¡Daniel!...
- ENR. ¡Pero, chiquilla!
- D.^a ENR. ¡Luisa, hija mía!... ¡no sabes disimular!
- ENR. ¡No entiende de hipocresías!

LUISA ¡Ya lo he dicho! (Cada vez más contenta.) ¡Gracias, hermanito mío, gracias!... ¡Qué feliz soy!... Pues sí, señor, me gusta el novio, le quiero con toda mi alma, es el hombre que salvó á mi hermano... Sabe mucho, ha dado la vuelta al mundo, da gusto oírle hablar, contar cosas de sus viajes... ¡Qué valiente! ¡Qué corazón!... ¡Por eso me enamoré!... Pero como á las mujeres no las dejan decir lo que sienten...

ENR. ¡Calla, loquilla!

LUISA No puedo, no puedo. ¡Estoy muy contenta! ¡Daniel!... ¿Quieres mi respuesta? Ya la sabes: amo á Daniel con toda mi alma, y si vosotros no os oponéis, yo le pagaré con mi cariño, con mi ternura, con mis cuidados todo lo que le debemos.

D.^a ENR. Hija mía, es demasiado rico...

LUISA (Con tristeza.) Pero eso... ¿no lo sabía Enrique antes de hablarme?

ENR. No te preocupes, Luisita. Ni tú has contado el dinero de Daniel, ni Daniel ha hecho la menor indicación de su fortuna para merecer tu cariño. ¿Es rico? ¡Como si fuera pobre! ¿Con qué podría pagarse la pureza de tu alma inocente? Sólo quiero saber que en nada te obliga la gratitud que yo le debo por haberme salvado la vida.

LUISA La gratitud, no es más que gratitud. Pero si por ella le quise, ¡bendita sea!

ENR. (Mirando con disimulo hacia el escondite de Daniel.) Es decir, que antes de conocer á ese torbellino, ¿no había otro nombre escrito en algún rinconcito de tu corazón?

LUISA ¡Ninguno!

ENR. (Separándose de Luisa y dirigiéndose al escondite.) ¡Estoy impaciente por ver la cara que pone oyendo estas cosas!

D.^a ENR. ¿Qué dices, hijo mío?

ENR. Que tengo escondido al *coco*.

LUISA (Al oír esto, corre á esconderse entre los brazos de su madre, exclamando:) ¡Mamá!... ¡Estaba allí!... ¡Traidores! ¡Traidores!

ENR. Sí; aquí estaba. ¿Acaso no sucede siempre

lo mismo? Ven aquí, Daniel; vamos, hombre, ¿y esa fama de valiente? (Le saca de la mano. Daniel está pálido, turbado, sosteniéndose en pie con dificultad: la emoción embarga su voz.)

DAN.

¡Enrique, por Dios!

ENR.

¿Te vas á poner malo ahora? ¡Se han trocado los papeles! ¡Es gracioso! ¡Mírala! Ya ves, su turbación es menor que la que tú sientes.

LUISA

(Escondiendo la cara, pero mirando de soslayo al grupo que forman Enrique y Daniel y con deliciosa gazoñería.) Enrique, eres muy malo. Eso no se hace. (¡No me atrevo á mirarle!)

ENR.

¿Me vas á regañar ahora?

DAN.

(Con profunda emoción, pero sonriendo.) Luisa, como precio de una gratitud, es demasiado grande lo que acabo de oír. No se me ocurre otra cosa. Me ha hecho perder el juicio la felicidad.

ENR.

¡Qué bueno eres!

DAN.

Doña Enriqueta, ¿quiere usted otro hijo que la cuide?

D.^a ENR.

Sobre nuestros deseos hay otra voluntad.

LUISA

(A Daniel, con cierta timidez.) La de mi padre, Daniel.

DAN.

Yo le pediré su aprobación de rodillas.

LUISA

¡Qué calladito se lo tenía usted!

DAN.

¿No se lo han dicho mis ojos?

LUISA

Yo no entiendo muy bien ese lenguaje. (Enrique mira hacia el foro y ve llegar por la izquierda á Reinaldo.)

ENR.

Aquí llega papá Reinaldo.

D.^a ENR.

(Saliendo á su encuentro.) Más oportunamente, en la vida.

ESCENA VI

DICHOS: REINALDO, por el foro izquierda. Después, por el mismo sitio, NAMOUN

D.^a ENR. Oye, Reinaldo.

REIN.

(Separándola con alguna violencia y dirigiéndose hacia donde se halla Enrique.) Luego hablaremos de eso.

- D.^a ENR. Si no sabes de qué se trata.
- REIN. Es igual. (Aparte á Enrique. Doña Enriqueta, Luisa y Daniel forman grupo en la izquierda.) Enrique, hijo mío, ¡soy un miserable!
- ENR. (Con marcado sobresalto, pero sin que le oiga nadie más que Reinaldo.) ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?
- REIN. Perdóname he vivido mucho tiempo fuera de la realidad.
- ENR. No te entiendo. ¿Qué quieres decirme?
- REIN. (Con gran misterio.) Se acabó la fábula. ¡Vengo del almacén de Jackson!
- ENR. ¿Cómo?
- REIN. ¡Que bajo del desván!
- ENR. ¿Qué?
- REIN. Namoun' me lo ha descubierto. Ya conozco toda la verdad y todo tu sacrificio. ¡Perdóname!
- ENR. ¡Ese pillo!...
- REIN. ¡Chist! Es lo mejor que ha hecho en su vida. ¡Yo que te llamaba apóstata, renegado!... ¡Cómo se habrá reído Bragulat! ¡Cómo se habrán reído todos!
- ENR. ¡Papá, por Dios, calla!
- REIN. ¡Soy un idiota, un vanidoso, un egoísta, un imbécil!
- D.^a ENR. (Volviéndose de repente) ¿Qué hablais con ese misterio?
- ENR. (Aparte á Reinaldo.) ¡Callate! ¡Te lo ruego! ¡Que nadie sepa nada! ¿Me quieres mucho?
- REIN. (Abrazándole.) ¡Hijo mío!
- ENR. Pues por mi cariño, silencio. Que este secreto siga siéndolo para todos menos para los dos.
- DAN. Papá Reinaldo... (Con timidez.)
- REIN. ¿Estabas ahí? ¿De dónde sales?
- DAN. Tengo el honor de pedir á usted la mano de la señorita Luisa para un amigo de la casa.
- REIN. ¿Su nombre?
- DAN. (Con mucha timidez y bajando los ojos como un colegial.) Daniel Rivera.
- REIN. ¿Qué? (Mirando á todos.)
- ENR. Sí, papá. Según parece... se quieren hace tiempo.

- REIN. ¡Ah, pirata! ¿Y cuándo es la boda?
DAN. Cuando ustedes lo dispongan.
REIN. Por mí... Pero antes quiero ver á Hugarty, el auténtico, (Marcando mucho.) instalado de nuevo en su estudio.
DAN. Eso está descontado.
LUISA Sí, sí.
ENR. Pero, ¿qué dicen ustedes? ¿Y mi contrato? ¿Y la indemnización?
REIN. También está previsto.
DAN. Los señores de Rivera son bastante ricos...
REIN. ¡Chist! ¡Perdona, torbellino! Eso es de mi negociado. Mañana mismo venderé al marqués de Reinosa la colección de cacharros que tengo en casa.
ENR. No habrá tal venta.
REIN. ¿Y quién lo va á impedir? ¡Son míos! Me he cansado de ellos y los vendo porque me da la gana. Con eso está arreglado lo de la indemnización. (Bajando la voz y aparte á Enrique.) Y así compraré el silencio de Bragulat. No es un sacrificio, es una obligación. El marqués permitirá que vea mis porcelanas todos los domingos.
ENR. ¡Como tú quieras, padre mío! Yo trabajaré para que compres otras.
REIN. ¿Más chirimbolos inútiles? ¿Te parece que hay pocos en el desván?

ESCENA VII

DICHOS, NAMOUN y PIPETTE por la izquierda del foro

- NAM. Aquí stá, ñores.
PIP. ¡Reinaldo, aquí me tienes!
D.ª ENR. ¡Pipette!
LUISA ¡Díos mío! } (A un tiempo.)
ENR. ¡Pipette! }
REIN. Llegas á tiempo. ¡Liquidación general!
PIP. ¡Oh, tú lo has dicho!... ¡No me ha quedado un botón, pero... reflexionen ustedes un momento... ¡Oh! Vengo loco, trastornado. ¡Qué

días de trabajo!... ¡Qué de paseos aquí y allá, qué de conferencias, cartas, planos, explicaciones!...

REIN. Bueno, pero... ¿el submarino?

PIP. ¡Naufragó! (Movimiento en Reinaldo. Enrique le contiene.)

ENR. Nos lo figurábamos.

REIN. Cuenta... cuenta. ¿Qué te ha ocurrido?...

PIP. ¡Una tontería!... Después de cuarenta gestiones para ver al ministro, al subsecretario, puros para éste, obsequios al otro, citas en los cafés, papel sellado como para empapelar una provincia, solicitudes, gratificaciones y demonios, en fin, después de tirar el dinero materialmente... ¡no han querido oírme!

REIN. ¡Claro!

PIP. ¡Aquí no se protegen las ciencias! ¡Este es un país por civilizar! ¡Da vergüenza ser de aquí! Pero verás... no hay nada perdido.

REIN. ¿De modo que las mil pesetas?...

PIP. Eso es lo único que se ha perdido.

REIN. ¿Entonces?...

PIP. Te diré. No nos paremos en ciertas pequeneces.

REIN. ¿Qué?

PIP. Déjame hablar. La constancia es patrimonio de los espíritus fuertes. ¿No puedo bajar al fondo de los mares como los peces? ¡Pues á las nubes como los pájaros! ¡Me siento águila!

REIN. ¿Sí?... ¿Y qué has discurrido ahora?

PIP. ¡Una tontería!

DAN. (Seguramente.)

PIP. ¡La navegación aérea!

REIN. (¡Yo lo mato!)

DAN. ¿En un globo?

PIP. ¡No, señor! Es un aparato sencillísimo.

REIN. (Con amabilidad irónica.) ¡A ver, á ver! (Todos prestan atención.)

PIP. Unos aros... (Describiendo y accionando con los brazos.) Unas alas... Un sillín y un estribo en cada pie... Cada movimiento de revolución en el eje central desarrolla una fuerza A.

- Cada vuelta de los aros, un impulso B. A más B igual á X que es la velocidad.
- REIN. (Perdiendo la paciencia y dándole un empujón hacia la puerta izquierda.) Bueno, pues toma équis..
- PIP. ¡Reinaldo!... ¿Qué dices?
- REIN. Que tomes velocidad para quitarte de mi vista cuanto antes. ¡Largo de aquí!... ¡Se me acabó la ceguera!...
- LUISA ¡Papá!
- D.^a ENR. ¡Reinaldo!
- ENR. ¡Déjele usted!
- DAN. ¡Es un desdichado!
- PIP. ¿Te has vuelto loco?...
- REIN. ¡Fuera de aquí!...
- NAM. ¡Salga ponto!... ¡Moro te echa palos!... (Señalando la puerta ya abierta.)
- PIP. ¡No tienes tú la culpa!... ¡Te desprecio!.. (Enrique y Reinaldo van á acometer á Pipette y éste de un salto desaparece por la primera izquierda que abrió Namoun oportunamente. Daniel Luisa y doña Enriqueta se interponen para evitar la cuestión.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS menos PIPETTE

- REIN. ¡Ya están saldadas todas las cuentas!
- ENR. (Dirigiéndose á Namoun.) Hay una pendiente. Namoun. ¡Venga usted aquí! ¿Quién te mandó subir al desván?
- NAM. (Se adelanta hacia Enrique con mucho temor y se arrodilla cerca de él.) Castiga Namoun ñor Enrique... No pudo callá... Moro llorá mucho po cosas tistes contaba ñor Danié, moro tenía pena...
- REIN. ¡Levanta! Yo le perdono en tu nombre.
- LUISA (A Enrique.) ¿Qué ha hecho Namoun?
- REIN. Pues... romper unos cristales ahumados que yo tenía para ver las cosas.
- LUISA ¡Compras otros!
- REIN. No, si ya veo claro. ¿Verdad, Enrique?

- ENR. Porque miras á través de la felicidad que nos ha traído ¡el torbellino! (Daniel y Enrique se abrazan. Doña Enriqueta al lado de Luisa. Reinaldo cerca de Namoun.)
- NAM. ¡Ah! ñor Daniel, bono, bono; ñor Enrique, bono, bono... Namoun contento. (Tose Luisa abraza a su madre.)
- REIN. ¡Bien, morucho! Contemplando los grupos.) Tú y yo, vamos á ser desde hoy muy buenos amigos. ¿Quieres?
- NAM. Quiere ñor... ¡Pero morito no separá nunca ñor Enrique!
- REIN. ¡Nunca! ¡Eres un alma de Dios, con la cara llena de hollín!.. ¡Dame un abrazo! (Namoun rie de satisfacción.—Cuadro.)

TELON

Obras de los mismos autores

De E. López-Marín

- La casa del duende**, apropósito en un acto, original y en verso.
- Bordeaux**, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa. (*)
- El juicio de Fuenterreal**, pasillo cómico-lírico, en un acto, dividido en cuatro cuadros, original y en prosa. (*)
- Los triunviro**s, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa.
- Tres tristes trogloditas**, trastada cómico-lírica, en un acto, dividida en cinco cuadros, original, en prosa y verso.
- Chavea**, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa.
- La Sultana de Marruecos**, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa. (*)
- Las manzanas del vecino**, cuento viejo en acción, en un acto, dividido en cuatro cuadros, en verso y con música. (*)
- Los murciélagos**, comedia dramática, en tres actos, cuatro cuadros, original y en verso. (*)
- S. M. el Buro**, fantasía cómico-lírica, en un acto, dividido en cuatro cuadros, original, en verso y prosa.
- La víspera de San Pedro**, sainete lírico en un acto, original y en prosa.
- Charito**, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en verso. (*)
- El caballo de Atila**, juguete cómico-lírico, en un acto, arreglado del francés, en prosa.
- Mañana será otro día**, boceto cómico-lírico y casi filosófico, de tipos y malas costumbres, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en verso y prosa. (*)
- El sueño de anoche**, pesadilla cómico-lírica sin importancia, en un acto, original, en prosa y verso.
- A vuela pluma**, exposición cómico-lírica, en un acto y varios bocetos, original, en prosa y verso.
- Madrid-t'ón**, humorada cómico-lírica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en verso y prosa. (*)
- Los maestros cantores**, revista cómico-lírica, en un acto, dividido en cuatro cuadros, original, en verso y prosa.
- Año nuevo, vida nueva**, fantasía cómico-lírica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original y en prosa.
- La danza macabra**, sueño cómico-lírico-tenebroso, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en verso y prosa.

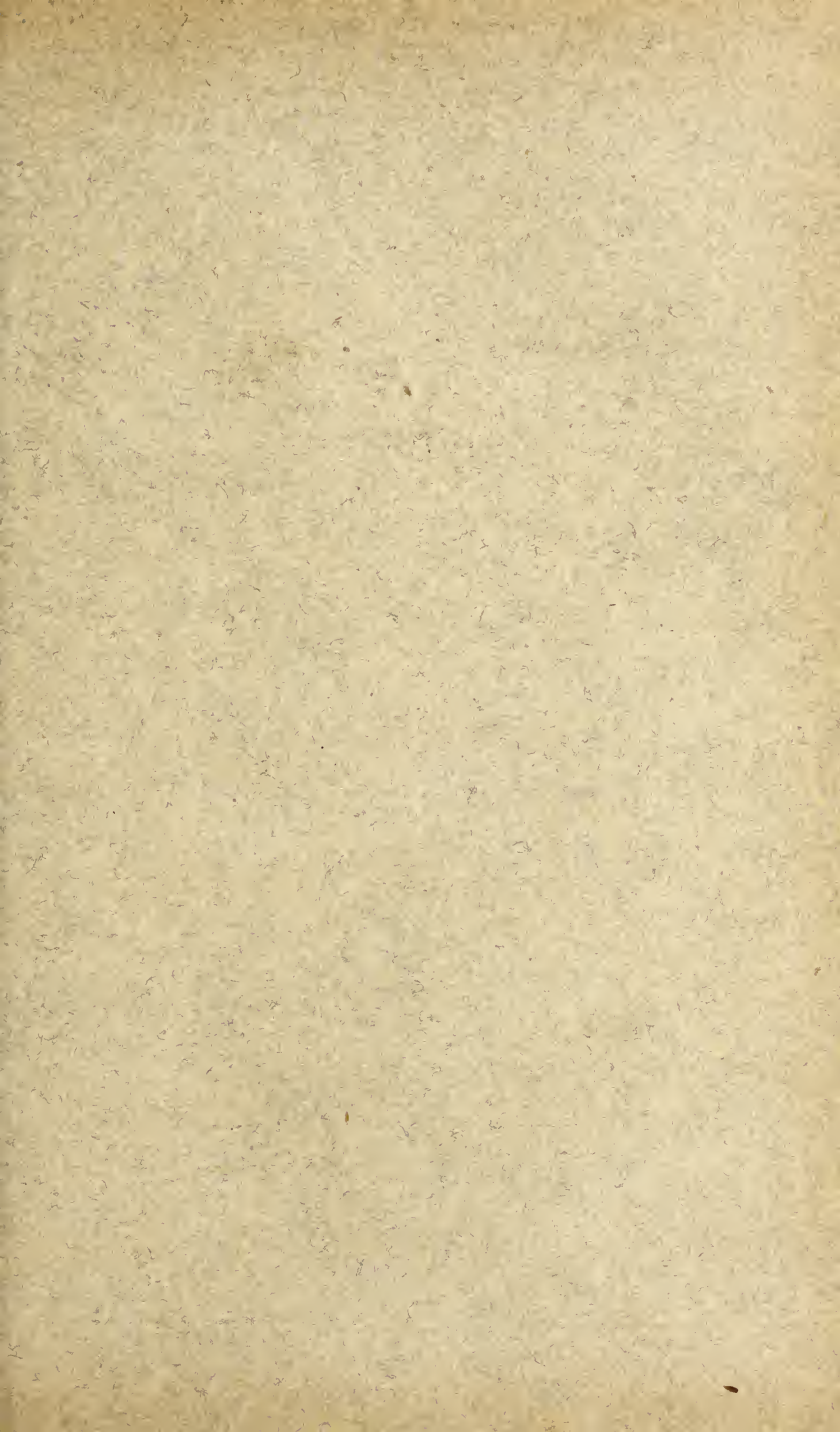
(*) En colaboración.

- Miss' Hisipi**, humorada cómico-lírica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en prosa y verso.
- Los cuentos del año**, fantasía cómico-lírico-madrileña, en un acto, dividido en un prólogo y cuatro cuadros, original, en prosa y verso.
- Crispulin**, juguete cómico-lírico, en un acto, original, en verso y prosa.
- Las hojas del calendario**, revista cómico-lírica, en un acto, dividido en un prólogo y cinco cuadros, original y en verso. (*)
- Los africanistas**, humorada cómico-lírica, consecuencia de *El dúo de La Africana*, en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa. (*)
- La romería del halcón ó el alquimista y las villanas y desdenes mal fingidos**, presentimiento cómico-lírico y casi bufo del admirable sainete *La verbena de la Paloma o el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos*, en un acto, dividido en tres cuadros, en verso y prosa. (*)
- El primer amor**, juguete cómico-inocente en un acto, original y en verso.
- Eclipse de luna**, opereta en tres actos y en prosa, arreglada del francés. (*)
- El enigma**, (*Le sphinx*), drama escrito en francés por Octave Feuillet y arreglado á la escena española, en tres actos y en prosa. (*)
- La Japonesa**, extravagancia cómico-lírico-acrobática, en un acto dividido en tres cuadros, original y en prosa.
- La boda de los muñecos**, juguete cómico-lírico, en un acto, original, en prosa y verso. (*)
- Madrid-Cómico**, revista lírica en un acto, dividido en cinco cuadros, original en prosa y verso. (*)
- Música prohibida**, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en verso.
- La lugareña**, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa.
- Charivari**, revista cómico-lírico-fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original, en prosa y verso. (*)
- El fraile descalzo**, juguete cómico, en un acto y en prosa. (*)
- Simón es un Ha!**, parodia lírica, en un acto y en verso, de la ópera *Sansón y Dalila*.
- El tío Pepe**, juguete cómico-lírico, en un acto, original, en prosa y verso.
- El mentidero**, revista cómico-lírica, en un acto, dividido en cinco cuadros, original y en verso. (*)
- Las de Farandul**, juguete cómico-lírico, en un acto, original y en prosa.
- El mentidero**. (Refundición.)
- Venus-Salón**, fantasía cómico-lírica, en un acto, dividido en cuatro cuadros, original, en verso y prosa. (*)
- El balido del Zulú**, parodia de la zarzuela *La balada de la luz*, en un acto, dividido en tres cuadros y en verso. (*)
- Condición humana**, juguete cómico en un acto, original y en prosa.
- La dolora**, juguete cómico en un acto y en prosa, inspirado en una del ilustre Campoamor. (*)
- Juan y Manuela**, cuento de golfos en acción (imitado de la ópera *Juanito y Margarita*), en un acto dividido en cinco cuadros, en prosa y verso. (*)
- Copito de nieve**, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa. (*)
- Venus-Salón**. (Refundición.)

- El pícaro mundo**, apropósito cómico-lírico en un acto, dividido en cuatro cuadros. (*)
- Eden-Club**, apropósito cómico-lírico en un acto, dividido en tres cuadros.
- Vida galante**, juguete cómico-lírico-transformista en un acto con prólogo.
- ¡Lagarto!!... ¡Lagarto!!...** juguete cómico en un acto, escrito sobre el pensamiento de una novela italiana.
- «La condesa X»**, comedia en dos actos y en prosa.
- La niña bonita**, juguete cómico en un acto, original y en prosa.
- El secreto de la esliage**, drama en tres actos y en prosa, arreglado del francés. (*)

De Francisco Morano

- Los recortes**, juguete cómico en un acto y en prosa, arreglado del francés.
- Cada perro con su hueso**, juguete cómico en un acto y en prosa.
- Primo Prieto**, juguete cómico en un acto, en colaboración con D. Manuel Vigo.
- El críe**, juguete cómico en un acto, id. id.
- Por asalto... como tú**, juguete cómico en un acto y en prosa.
- Misericordias humanas**, drama trágico en cuatro actos y en prosa.
- El veneno de los Borgias**, comedia en un acto y en prosa, arreglada del italiano.
- Tal para cual**, comedia en tres actos y en prosa, escrita sobre el pensamiento de una obra francesa.



Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: DOS pesetas